



Dib. ARISTO TÉLLEZ. — Madrid.

ELLA.—Yo creo que el amor debe engendrarse espontáneamente.

EL.—Yo creo más bien que se engendra por contacto.

Ayuntamiento de Madrid

CREMA RECONSTITUYENTE

LIDA

ES UN PREPARADO ÚNICO
PARA LA BELLEZA DEL CUTIS,
CON PROPIEDADES MARA-
VILLOSAMENTE CURATIVAS
Y RECONSTITUYENTES

DEPOSITARIO

URQUIOLA  MAYOR, 1

MADRID

En estos días es cuando
más indicado está el uso
de los famosos

POLVOS INSECTICIDAS

DE

LEYER Y COMPAÑÍA

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

CUPÓN NÚM. 2

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de octubre.

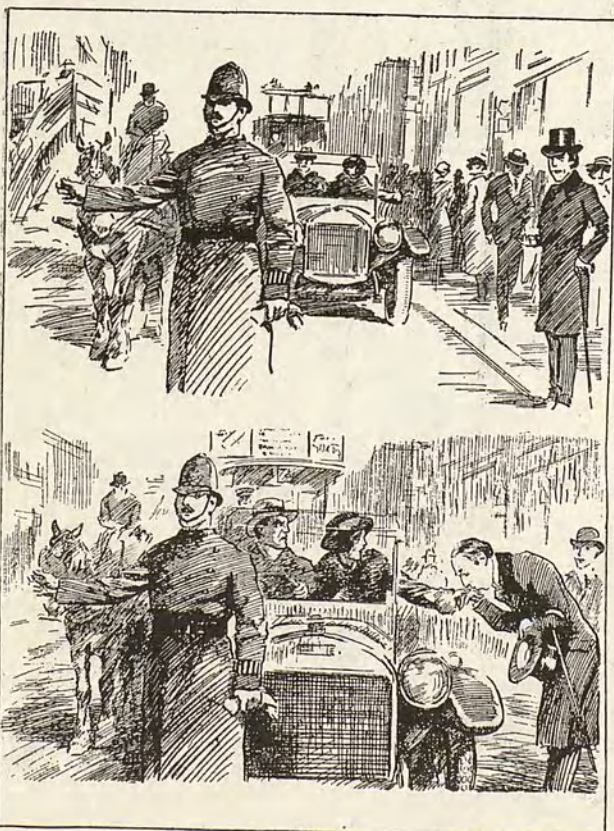
7. — Envases.

DE SAN BERNARDO UNO

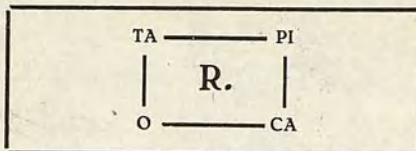
CATARRO

8. — De la plaza de la Cebada.

- ¿No te resulta *prima-cuarta* la novia de Pepe?
- Algo *cuarta-cuarta*, sí. Tiene veinte años y siempre está leyendo en el *prima-tres-prima*.
- Además, se la desprende la *segunda-segunda* como a una tonta.
- En cambio, la madre es una *todo*. ¡¡Qué tía!!



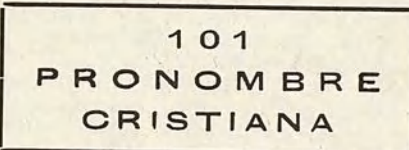
9. — De leche y pan.



10. — Charada vaticanista.

- ¡Qué *prima-tercia* a ese tío!
- ¿A quién?
- A *prima-segunda-cuarta*. No acude a la oficina.
- ¡Sí que es un *todo* de cuidao!

11. — La solución en Extremadura.



12. — Para cazar.



Dib. PINILLA. — Gijón.

- ¡Es horrible lo que te pasa! ¡Haberse tucado tu marido con la cocinera!...
- ¡Bah!... De todos modos, tenía pensado despedirla...

13. — Jeroglífico eclesiástico.



14. — Goma.



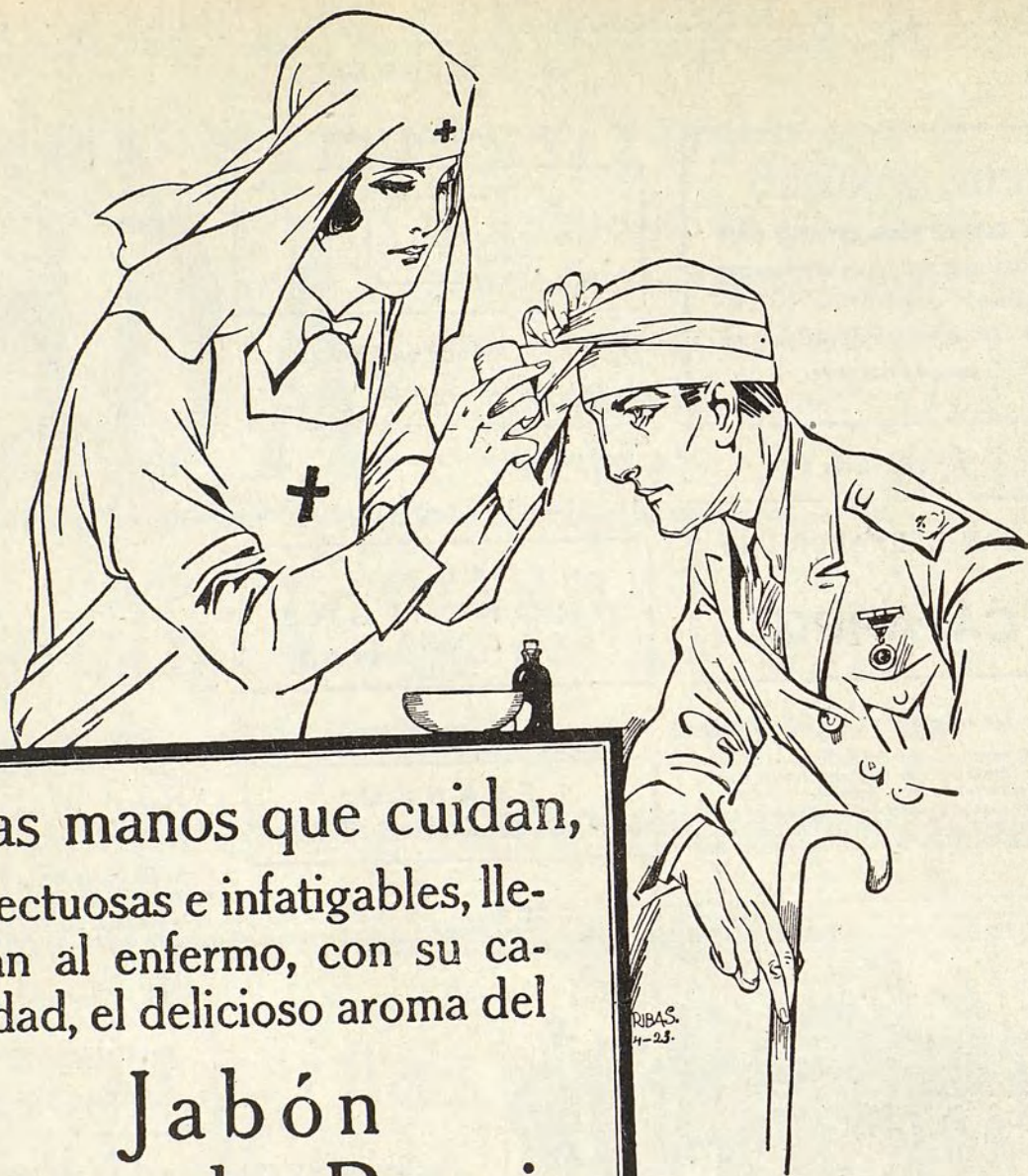
LA FUERZA DE LA COSTUMBRE, O EL DISTRAÍDO GALANTE

(De The Humorist, de Londres.)

Para las condiciones de este Concurso, véase nuestro número 97.

CUPÓN
correspondiente al número 98
de
BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.



Esas manos que cuidan,
afectuosas e infatigables, lle-
van al enfermo, con su ca-
ridad, el delicioso aroma del

Jabón Heno de Pravia

Todos, sanos o delicados,
lo usan con gusto crecien-
te. Suaviza el cutis, dán-
dole fragancia y tersura.

Pastilla, 1,50 en toda España.

Perfumería Gal.
Madrid.





ERUDICIÓN FESTIVA

LA EMBRIAGUEZ EN LOS GRANDES HOMBRES



Me propongo demostrar que la borrachera, lejos de ser un vicio grosero y brutal como dice el vulgo de los cretinos, es la que dulcifica y modera las pasiones del alma, de la

propia suerte que el hierro se ablanda por medio del fuego, según la clásica y ya hoy manida comparación. Y a este efecto, me pasearé con ligereza placentera por los dilatados campos de la tradición y de la biografía de los genios, para deducir, en consecuencia, que el gusto y afición a la bebida reciben, al amparo de la Historia y de la práctica universal de los varones ilustres, la más irrefragable de las sanciones.

Si extendemos nuestra mirada al Extremo Oriente, vemos al excelso poeta chino Li-tai-pe, que floreció bajo la dinastía de los Chang, celebrar las excelencias del vino y de la embriaguez en versos inmortales, y muy principalmente en una canción primorosísima, que no ha mucho traduje yo con destino a uno de los semanarios ilustrados de esta corte. Si, es preciso decirlo muy bajo: la borrachera es tan antigua como la Humanidad (principió con Noé, el justo de los justos, según la Biblia), y los que han encomiado su ejercicio y lo han practicado, han sido por lo común hombres de gran presancia y predicamento. Esquilo, por testimonio de Ateneo, tenía siempre al lado, cuando se ponía a escribir sus tragedias, un ánfora llena de vino, y lo mismo hacía Anacreonte al componer sus odas. Ciro, rey tan renombrado, alegaba, entre otras cosas de que se alababa para probar su superioridad sobre su hermano Artajerjes, que sabía beber mucho mejor que él.

Así, no es de extrañar que el célebre Montaigne reconozca

que «los persas discutían sus negocios más importantes después de beber», y que «entre las naciones mejor gobernadas estaba muy en uso el beber a competencia hasta la embriaguez». Alejandro Magno, el conquistador más ilustre de la Historia, era el borracho mayor de su época, y todos sus generales le imitaban en ello con el mismo servilismo con que le imitaban en la costumbre de llevar siempre inclinada la cabeza hacia un lado. Platón recomendaba que, en los festines, Dionysos (nombre griego de Baco) predominase ampliamente, por ser el dios que devolvía la alegría a los hombres y la juventud a los ancianos. Mi malogrado amigo y paisano don Iscariotes Val de Ur, catedrático de pa-

leografía, criptología y zoophonía en la Universidad de Polanes, en sustancioso volumen publicado en 1906, poco antes de su muerte, recordaba que aquel romano displicente que se llamó el severo Catón no era insensible a los halagos lagenarios, o sea, de las ánforas y botellas; antes al contrario, su álgida virtud gustaba de refocilarse al amor del mosto, conforme a la aseveración de Horacio, quien en la oda 21 del libro III, dedicada a un ánfora, reprocha a aquel corrector y censor de los demás su cualidad de buen bebedor: *Narratur et priscis Catonis-Saepe mero caluisse virtus.*

El citado Montaigne, que en el libro II de sus *Essais* consagra a la embriaguez todo un capítulo, hace la misma observación, y su alegato es poco sospechoso, por cuanto dista mucho de ser un apologista de la embriaguez, y aun pretende que él no bebía más que un largo trago después de las comidas, si bien no tarda en contradecirse, diciendo que «el último trago era mayor que los precedentes»; y a pesar del carácter atrabiliario y escéptico, propio de su filosofía, no deja de hacer graves afirmaciones en favor de la bebida: primero, por ser el último placer que la vejez nos arrebatara; segundo, porque para evitar que las fuerzas de nuestro estómago se dejen ganar por la pereza, «es conveniente, siquiera una vez al mes, despertarlas por el exceso de la bebida, y excitarlas para impedir que se adormezcan».

El emperador Tiberio, si hemos de creer a Suetonio, desde su primera juventud dió a conocer en los ejércitos su gran pasión por el vino. En lugar de *Tiberius* le llamaban *Biberius*, en lugar de *Cladius*, *Caldius*, y en lugar de *Nero*, *Mero*, que en bajo latín quería decir «bebedor». Siendo César, pasó una noche y dos días bebiendo con Pompo-



Dib. SILENO. — Madrid.

nio Flaco y Lucio Pisón, *jucundissimos et omnium horarum amicos*, mientras trabajaba por la reforma de las costumbres, y al uno le confió el gobierno de Siria y al otro la prefectura de Roma. Entre muchos candidatos distinguidos que pretendían la cuestura, prefirió al más desconocido, porque había vaciado en la mesa un ánfora de vino a su salud. Panegirista del vino fué asimismo el ya mencionado Horacio, el cual cantó reiteradamente las virtudes del Cecubo y del Falerno, dos vinos de los que aun se conservan en el *Lacio Felix* y en la Campania, y alabó a sus compatriotas por tener un culto al mosto y haber levantado templos a *Baco*. Virgilio, que en sus *Geórgicas* dejó un maravilloso y simplicísimo tratado de viticultura, era también aficionado al vino, y en el famoso viaje que hizo en compañía de Horacio a Brindisi (*Brunda Sinum*), deteniéndose primero en Ariccia (*Aricia*) y en Formia, probó en abundancia, al igual que su amigo, el *vinum formianum*, que era competidor del vecino Cecubo.

Avicena, el eminente médico y filósofo musulmán, era un disoluto declarado, bebía mucho vino, gustaba de las buenas mozas y pasaba las noches en orgías con sus amigos. Los insignes poetas alemanes Schiller y Haendel, como tantos otros de la misma raza (baste recordar a Koerner y Lenau), buscaban la inspiración en un frasco de vino. Marx, gran padre del colectivismo moderno, pasaba las noches libando en las tabernas de Londres, y su yerno y correccionario Lafargue fué más lejos, pues no sólo practicó el mismo ejercicio ex-

celso, sino que en teoría dedicó toda una obra a defender el magnífico *derecho a la francachela*, propio de los verdaderos socialistas científicos, contra el insulso *derecho al trabajo*, de los socialistas utópicos de comienzos del siglo XIX.

Y viniendo a los contemporáneos y limitándome a escritores de nuestra raza, ¿conocéis quien supere a Menéndez Pelayo en la crítica, a Cavia en el periodismo, a Rubén Darío en la poesía, a Dicenta en el drama? Pues esos cuatro hombres representativos, esos cuatro varones eminentísimos y singulares, fueron delicia de las tabernas de la corte, vivieron entre sus libros y sus botellas, supieron conciliar lo literario con lo gustoso, y por el vino, y sólo por el vino, llegaron a ser prez de la erudición, honra de la Prensa, regocijo de las musas y gloria del teatro, respectivamente. Y pasando de los individuos a las razas, ¿cuáles son las naciones más grandes y poderosas de Europa? Inglaterra, Alemania y Rusia, aquellas en que más abundan los borrachos. Y en España, ¿cuáles son las *naciones* más cultas y ricas? Galicia, Asturias y Vasconia, aquellas en que más los borrachos abundan.

Concluyo, pues, victoriosamente que la embriaguez es la característica y el galardón de los hombres superiores, y que sólo rehuyen o censuran el ejercicio de vicio tan noble aquellos que, por su inferioridad física y espiritual, no tienen valor ni fuerzas para cultivarlo y resistirlo

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO



Dib. DEMETRIO
Madrid.

— Pues, señor, se me han declarado un vecino del segundo, un muchacho bajito, amigo de mi hermano, y el principal de la tienda de la esquina. Y no sé con quién quedarme: si con el del segundo, el bajo o el principal...

ZAPATEADO

(Esto no es cosa que hoy descubrimos ante la gente: hace ya tiempo que lo advertimos perfectamente.) Aunque no llevan ya faldas cortas las niñas tiernas (1), y aquí, lo mismo que en Valdetortas, jamás he visto que las obreras y las criadas hayan andado por las aceras tan bien calzadas. (Y digo «aceras», porque la rima lo trae consigo; no se me vayan a echar encima por lo que digo.) Ir bien calzadas a todas horas ha sido *enantes* cosa exclusiva de las señoras más elegantes; hoy en obreras y en modistillas veis zapatitos con camafeos y con hebillas y con lacitos, y anda la humilde, como la maja sin distracciones en la sufrida parte más baja de los tacones. Si igual la obrera que la criada van tan bonitas con su calzado..., ¡no digo nada las señoritas!... De cueros ricos y de una pieza, muy pintureros, son sus zapatos. ¡Cuánta riqueza lucen en cueros! Más que otros cueros, el tafíete su pie preserva, donde quién sabe si un «don Juanete» vive en conserva. ¿Y qué diremos de las jamonas acicaladas? ¡Jamás han ido las cincuentonas mejor calzadas! ¡Hasta las mozas que hay en la feria del Almendrico lucen, cogiendo polvo y miseria, calzado rico! ¡Bien por las chicas! ¿De buen calzado sienten deseo? Pues bien merece ser ensalzado su taconeó, ya que sabemos, para acertarles las intenciones, dónde el zapato puede apretarles en ocasiones. Yo a las mujeres nunca he juzgado por el vestido; pero hoy las veo con un calzado tan repulido, que les dedico versos amables de buena gana. Nunca hubo santos más adorables por la peanal...

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

(1) Ni las duras.



Dib. CANALES. — Madrid.

— ¡Es extraño!... El aviador se ha matado, y el pasajero no se ha hecho el menor daño.
— ¡Claro!... ¡Como que el pasajero es un picador!



Dib. SÁNCHEZ VÁZQUEZ. — Málaga.

— ¿Qué está tocando la orquesta?
— Momento musical...
— ¿Momento, y llevan tocando quince minutos?...

LAS MUELAS DE SERAPIO VINAGRAS

Hay hombres cobardes en el mundo; pero otro más cobarde que Serapio Vinagras difícilmente podría encontrarse.

Serapio Vinagras, no obstante frisar en los cuarenta, no había contraído aún enlace, y no porque no hubiera encontrado todavía la mujer ideal, sino porque tenía miedo de no ser feliz en el matrimonio. Tampoco había jugado a la lotería por miedo a que le cayera el gordo, y es posible que no se muriese jamás por el horrible miedo que le inspiraba la muerte.

Sin embargo, aparte estas flaquezas, Serapio Vinagras era un héroe, uno de tantos héroes anónimos en quienes nadie repara. El engullía y digería con toda felicidad las pésimas comidas que le servía su patrona, y soportaba con la flemma de un apóstol el mal humor de su jefe, que rara era la mañana que no llegaba a la oficina hecho un demonio...

Si bien, por espacio de los cuarenta

años que llevaba vividos, jamás había sentido el más ligero dolor de muelas — del que ya se creía exento por el resto de sus días —, una madrugada se despertó dando alaridos de dolor. Parecía que todas sus muelas, a una voz de mando, habían hecho presa de sus nervios, produciéndole el más vivo dolor que pueda imaginarse.

En vano fué que el pobre hombre apelara a todos los calmantes imaginables. Sus muelas, rebeldes a todos ellos, seguían doliéndole a más no poder, como si quisieran indemnizarse de las diez mil veces que debieron martirizarle hasta entonces.

Cuando llegó la hora de marcharse al empleo, dando alaridos salió a la calle. Ni por un momento había pasado por su mente la idea de hacerse arrancar las muelas para dejar de sufrir. Pero de pronto, al pasar por frente a una casa en que se leía en una chapa de

bronce clavada junto a la puerta *Doctor Ruperto Godínez, cirujano-dentista*, sintió un alivio enorme. El solo hecho de sentirse tan cerca de un dentista le había curado el dolor.

Pero no bien se alejó unos cien pasos de aquel lugar, otra vez reanudaron las muelas su vivo dolor, diríase que con mayor intensidad.

Y llegó a la oficina, gimiendo desconsoladamente, sin saber con qué mano tomar *la lapicera* para iniciar la tarea cotidiana. El señor Rentejilla, su jefe, a pesar de no tener nada de bondadoso y de *no andar con muy buenas pulgas*, sintió lástima de su más humilde subalterno y le llamó a su despacho.

— ¿Qué le pasa, señor Vinagras?

— ¡Ay, señor Rentejilla!... ¡Que las muelas van a volverme loco!... ¡Que ya no puedo más!...

— ¿Y se aflige usted por tan poco?... ¡Pues eso tiene muy fácil remedio!... Va

REFRANES ILUSTRADOS

Cuando te dé la gripe, o un andamio se te venga encima, o te arrolle un autocamiión, o te acaezca alguna otra especie de mal, lejos de apenarte ni dolerte, sonríe plácidamente a la ventura que se te avvicina: «No hay mal que por bien no venga.»

Un sujeto, en el día de su santo, tiene reunidos en su casa a varios amigos, a quienes presenta un mazo de puros para que tomen uno, a la vez que él impetra de lo alto el llegar a otro año.

Uno exclama:
— Chico, estás piadoso, a la par que obsequioso: «A Dios rogando, y con el mazo dando.»

— Has estado aprovechándote de lo lindo; pero con tu falta de vista y la semioscuridad del cine, no has visto que la que tenías al lado, y a la cual has hecho objeto de tus investigaciones e incursiones, no era la *girl*, sino la *carabina*.

— «Haz bien, y no mires a quién.»

— Señor alcalde, vengo a que me abone usted lo que la ley ordena que se dé al que mata una fiera montaraz y dañina.

— Y tú, ¿cuál has matado?
— Un lobo.
— Bien; trae la piel en prueba.
— Ca. Eso sería si se tratara de otro animal. Pero de un lobo, no.
— ¿Cómo?
— No, señor: «Del lobo, un pelo.»

Un individuo entrega en un estanco un duro, que le es devuelto por la estancuquera.

— ¿Es falso?
— Yo no me atrevo a tomarle, porque tiene muy mala cara.
— Esperaré a que venga el mal tiempo y volveré entonces con él.
— Entonces será igual.
— No; entonces la cara se le cambiará: «A mal tiempo, buena cara.»

No se alegren demasiado los niños mimados de la suerte que, así, de sopetón, reciben el regalito de un hotel y un auto con *chauffeur* y lacayo, o entren en posesión de una herencia fantástica, o pillen el gordo de Navidad; como tampoco deben echarse en brazos de la desesperación el tullido, el reumático, el paralítico y demás seres que arrastren existencias semejantes. No; que el vulgar adagio, consoladoramente, abre, no un agujerito, sino una puerta enorme a la esperanza: «No hay bien ni mal que cien años dure.»

LUCAS GONZÁLEZ HERRERO

usted a ver al dentista, y en un santiamén le quita el dolor para toda la vida.

— Es que...

El pobre Serapio temblaba... ¡Caramba, qué medidas más radicales las de su jefe! ¡Que fuera a ver al dentista!... ¿Y cómo decirle francamente que no iría a verlo por el miedo que le inspiraba? Claro está que negándose a ir a verlo no tenía derecho alguno a quejarse; pero... ¿cómo no quejarse, si le dolían tanto?...

Y trató de excusarse torpemente:

— Yo iría a verlo, sí; pero...

Entonces el señor Rentejilla, creyendo adivinarle, le dijo:

— Es que no conoce usted un buen dentista, ¿verdad? Pues yo le recomendaré a uno muy bueno.

Y acto seguido redactó una tarjeta recomendándole a uno amigo suyo.

— Vaya a ver a este señor, que le va a atender como si se tratase de mí mismo.

Tomó Serapio la tarjeta, y contra su buen deseo, salió a la calle y se encaminó hacia la casa del dentista. Durante el camino hizo todo lo posible por convencerse de que debía dejarse arrancar las muelas, so pena de pasar por un cobarde o de no tener derecho a quejarse jamás de ellas delante de su jefe.

Si bien había llegado a infundirse valor, haciéndose el propósito de someterse a las tenazas del odontólogo, en cuanto se halló frente a la puerta de su casa, junto a la cual brillaba la chapa profesional, recién fregada, otra vez le invadió el miedo, y como por encanto dejaron de dolerle las muelas.

Y no hubo fuerza humana que le impulsara a consumir el cruel sacrificio...

Y volvió a la oficina, y con la mayor frescura confesó a su jefe su cobardía:

— No he podido, señor; he tenido mucho miedo...

— Perfectamente — gruñó iracundo el señor Rentejilla —. No se saque usted las muelas; pero le prohibo quejarse cada vez que le duelan. Yo no concibo que se acobarde un hombre nada más que de ver la chapa del dentista...

Aquella tarde las muelas volvieron a hacer presa del pobre Serapio; pero éste procuró disimularlo para no provocar la ira de su jefe, que, sin embargo, no dejó de notarlo:

— ¡Que se reviente, para que no sea estúpido!...



Ni al día siguiente, ni al otro, Serapio Vinagras concurreó a la oficina, y recién al tercer día, apareció sin dolores aparentes, pero denotando haber sufrido mucho durante los dos días anteriores:

— ¿Qué? ¿Ya no le duelen las muelas?
— fué lo primero que el señor Rentejilla le preguntó al verle llegar. Y él repuso:

— No, señor; ya no me duelen.
— ¿De modo que al fin tuvo usted valor para hacérselas arrancar?

— No, señor; no me las he hecho arrancar.

El señor Rentejilla se asombró:

— ¿Cómo es posible?

— Pues... verá usted... Como les tengo tanto miedo a los dentistas, que ni siquiera puedo leerles la chapa sin temblar... ¡me he mudado a una casa que está frente a un consultorio!...

JOSÉ M. BRAÑA

Buenos Aires.



BAI

Dib. B A I
Madrid.

ENTRE AMIGOS

— Créelo, la maternidad añade nuevos atractivos a la mujer. Si mi madre no hubiera tenido hijos, no la querría tanto como la quiero.

COLECCIÓN DE FRASES CÉLEBRES

(PRONUNCIADAS POR LAS GRANDES FIGURAS UNIVERSALES)

Hay un evidente empeño en atribuir a los grandes hombres y a las grandes mujeres la elaboración y disparo de frases que generalmente no han pronunciado. Cuando se cita una frase de La Rochefoucauld, de Balmes, de Horacio Flaco o del alcalde de Móstoles, no se entera nadie, por lo común, de lo que la frase quiere decir. Todo es oscuro, filosófico, impenetrable. Allí no hay más que hipérbole, elocuencia, literatura y ganas de fastidiar. Y digo yo: ¿por qué no divulgar frases de otra índole, de las que con toda seguridad pronunciaron los genios, de las que sabemos dónde, cómo y a quién fueron dirigidas? La frase sencilla, la despojada de toda clase de galas tribunicias, la que se ha lanzado en momentos álgidos de la existencia, ésa es la que debe perpetuarse en bronce, en mármoles y en granitos...; y si lo de los granitos parece poco serio, quitenmelos ustedes (que se lo agradeceré) y dejémoslo sólo en mármoles y en bronce.

En la biblioteca de BUEN HUMOR (que es colosal y que cuenta con seis mil tomos de tomo y lomo) hemos hallado la colección de frases que sometemos al buen juicio de los lectores, y hasta al juicio sumarísimo, si a ustedes les parece mejor; y cuyas frases, de una claridad diáfana y de una hermosa sencillez y espontaneidad, respondemos con nuestra escasa cabeza de que son absolutamente, rotundamente, irremisiblemente e irrefragablemente verídicas. Ninguna es apócrifa, y pueden ustedes comprobarlo preguntando a los interesados o a sus familias. Algunas parecerán un ligero *choteo* por nuestra parte o un deseo malsano de hacerles a ustedes un lío; pero a poco que mediten ustedes y se pongan en el lugar de los gloriosos personajes que las pronunciaron, reconocerán que no los engañamos.

Y ahora dejemos la palabra a los geniales pensadores, a los gloriosos clásicos, a los insignes artistas, a los políticos preclaros y a los guerreros esforzados. Sus frases más grandes, por haber sido emitidas en los momentos históricos más sensacionales, son las que copiamos a continuación.

* * *

«¡Qué frío hacía en Rusia el invierno que yo estuve!» — NAPOLEÓN.

«Me tengo que comprar unas botas.»
JUAN JACOBO ROUSSEAU.

«Te llames como te llames, seas quien seas, valgas lo que valgas, pienses como pienses, si le debes dos meses al caso, vas a la cochina calle.» — NIETZSCHE.

«Esta noche, que iría yo con gusto al teatro, no hay ningún estreno.» — FELIPE II.

«No estoy seguro de qué enfermedad moriré. Lo que puedo afirmar categóricamente, es que no será de parto.» — VOLTAIRE.

«¡Que me frían este huevo!» — CRISTÓBAL COLÓN.

«El vino con agua es una porquería.» SÉNECA.

«¡Se me va la cabeza!» — LUIS XVI.

«Mi criada es de una belleza estatuaría. La tengo negra a pellizcos.» — WÁGNER.

«¡Eso no me lo dices tú en la calle!» EL CID.

«Mis horas de consulta son de tres a seis. Económica para obreros, de ocho a nueve.» — HIPÓCRATES.

«¡Dios le ampare, hermano!» — ROMANONES.

«¡Psch!» — MAURA.

«El reuma que tengo es de no te meees.» — ISABEL LA CATÓLICA.

«¡Qué lástima! La montería no se estrenará hasta mucho después de yo haberme muerto. ¡Con lo que yo me hubiese lucido cantando esa obra!» — GAYARRE.

«Cuando vaya Francos Rodríguez a América, se van a avergonzar los loros.» — CASTELAR.

«¡Es un crimen que se suban las patatas!» — CALDERÓN DE LA BARCA.

«En mi casa hay una de chinchas que consterna.» — JUANA DE ARCO.

«¡¡Serenooó!!!» — TITO SCHIPPA.

«Le voy a regalar al poeta Santos Chocano estos pantalones, que ya no me sirven...» — WEYLER.

«¡¡No quiero los pantalones!!» — SANTOS CHOCANO.

Por la escrupulosa documentación,
por la detenida selección,
por la cuidadosa comprobación,
y por la transcripción y publicación,

NÉSTOR O. LOPE



Dib. B. B. E. — Valladolid.

— ¿Y éste es Napoleón, apresado por los ingleses?... ¡Mi madre!... ¡La de facturas que habrá dejado sin pagar este tío, cuando le han hecho esta estatua!...

CARTERAS SIMPLES Y ORGULLOSAS

El uso de las grandes carteras se ha generalizado. Antes no podían usarlas sino los ministros, y es indudable que existe alguna pragmática de Felipe II prohibiendo el uso de esos cartapacios a todo el que no sea ministro, bajo la



Algunos la usan sólo para llevar el papelito en que está sintetizado su informe.

Después se generalizan atrocemente esas carpetas, y los malos dramaturgos las llevan llenas de dramas, en su ir y venir, leyéndoselos a todos los empresarios.

Hombres de apariencia solemne y entutada se creen obligados a llevar esas carpetas en que parecen guardar los ejemplares de su propia esquila de defunción, que van repartiendo. ¡Tan tétricos resultan con sus carpetas voluminosas!

Los chicos del Instituto llegan a usarlas, y resulta absurdo ver a un chiquito con gafas llevando su gran carpeta de ministro de Hacienda que conduce en ella los dos proyectos magnos: el que cierra el año con déficit y el que lo cierra con superávit. El niño *carpetovetónico* lleva la merienda en la carpeta y una pistola de aire comprimido, con el cartón de gayosidad colorinesca del blanco. Abruma las calles por las que pasa ese niño encarpetao, que es como depositario de los profesores.

En esa hora de la profusión de las carpetas, hay el vagabundo que las utiliza como sistema alardeante de sabiduría y como maletas para sus viajes.

sa ahí dentro, por no cansar vuestra atención.»

Ya conocemos las variadísimas clases de carpetas: la carpeta del calumniador; la carpeta del relapso, más negra e intrincada que las otras; la carpeta del



pena de confiscación de bienes y confiscación de la cartera.

La cartera parece que comenzó a usarse por Moisés, cuyo gesto de sacar las tablas de la ley de la cartera parece que vemos todavía. Fué el primero que llevó un documento importantísimo que tenía que leer en gran asamblea pública. Indudablemente, hizo también el gesto de mirar en el fondo del sobre de la cartera si se olvidaba alguna otra tabla o un tabloncillo supletorio.

La cartera de los generales guerreros fué terrible, y la de Napoleón era de piel humana curtida y teñida. Allí llevaba los planos de las grandes batallas y los apuntes de las escaramuzas.

A mediados del siglo XIX, en la hora álgida del bolsismo, todo bolsista que se tenía en algo llevaba su cartera de piel, y de ella sacaba los cupones y las láminas. En las ventas del alma al diablo, que también es por esa época cuando más menudean, el diablo aparece con su cartera de lios, y de ella sacaba el documento de compra del alma.

Los primeros doctores universitarios aprenden a llevar las primeras carteras con llave, y su doctorismo resulta así más hermético, más enrarecido, más de candado echado.

Los abogados las llevan a los pleitos en que hay la lectura de una carta interesante o de un documento sensacional.



En esa hora profusa recuerdo que un quidam se olvidó su fastuosa carpeta en mi casa, y al tacto, y un poco gracias a la luz negra que ha existido siempre, descubrí que la llevaba llena de calcetines. El farfullero había dado una conferencia con aquella carpeta al brazo, y a veces decía señalándola: «No os leo la cuantiosa documentación que descan-

agiotista; la carpeta del estafador; la carpeta del naturalista, llena de preparaciones y piedrecitas; la carpeta del sicario, en que figuran todas las órdenes de detención, que de vez en cuando repasa; etc., etc.

Las carpetas esconden el título de *carpetas* — algo así como *marques* —, que conceda el uso de la carpeta.

Iván de Nogales, ese hombre melencólico con tipo de judío rancio cruzado de tío Sam que habréis visto en los tranvías, me preguntaba en una ocasión:

— ¿A que no sabe usted lo que llevo en la cartera?

Yo la miré sorprendido de verla tan voluminosa como si guardase el juego de cepillos de los cabás de viaje.

— Pues llevo unos pantalones de señora... Un recuerdo de una actriz de la Zarzuela...

Aquello dejó más trastornada mi idea de las carteras, y mis sospechas son más fuertes cuando veo una carpeta de éstas. Para la consagración definitiva de esas carpetas sólo se necesita que el criminal las utilice para transportar el corazón de la víctima, y que cuando la policía le detenga, le encuentre en la carpeta fatal el cuchillo y la piltrafa del corazón.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

Ilustraciones del escritor.

DIVAGACIONES SIN TRANSCENDENCIA

LOS ÚLTIMOS BOHEMIOS

Esos cuatro o cinco bohemios que vemos por las calles, son los últimos ya definitivamente. Con sus trajes raídos, sus melenas lacias y sus chambergos manchados por la grasa de esas rimas que están encerradas y que no saldrán nunca a la luz, son el último saldo de bohemia. Los pobres son bien desgraciados. Cuantas historias se cuentan de ellos son espantosamente ciertas. Algunos tienen una capa para tres y un soneto para tres, que se transmiten periódicamente.

Unos cuantos escritores que empezaron con ellos y con ellos alzaron su copa en honor de la *Madre bohemia*, los han ido abandonando en cuanto han mejorado las circunstancias. Sólo éstos, los últimos, son concienzudamente bohemios. Reducidos por hambre, esos tres o cuatro, mientras buscan por las calles el amigo de cada día, son la esencia más pura de la bohemia. Los otros, los fariseos, los falsos judas de los bohemios, en cuanto han tenido dos duros en plata se han comprado unos botines.

Hace pocos días que hemos sufrido una postrera decepción. ¡Quiera Dios que sea la última decepción que nos reserve el Destino!... A las tres de la madrugada, cuando debía cantar estrofas a la Luna por las calles del Madrid viejo, entre el hampa que inspiró sus poesías, Emilio Carrere, arrellanado en un *taxi* de tarifa blanca, avanzaba con gran estruendo de bocina la Gran Vía, toda entera, iluminada y radiante.

Nuestro grito de reconvencción fué un estentóreo viva a la bohemia que conmovió al poeta, mientras se alejaba muy poco saturnalmente, cediendo a la última de las claudicaciones: al *taxi* de tarifa blanca, que es la más cara de las tarifas.

¡Cómo le hubieran agradecido sus viejos amigos esas pesetas que él ha malgastado con ostentosa fastuosidad! ¡Qué festín no les hubiera saciado el hambre de tres días y les hubiera encendido, con el calor del vino, el numen abotagado por las vigiliás!

Habíamos creído todos en él, en la sinceridad de su plastrón y de su pipa; pero todas nuestras creencias se desvanecen, y tememos más aún el triste fin que a los últimos bohemios espera.

En vano se busca la manera de sostenerlos de un modo discreto. Este cuidado ha sido siempre la preocupación del Municipio. El Municipio (el viejo, porque del nuevo nada sabemos aún) ha reconocido que son necesarios para la vida de la ciudad. Se ha comprobado que son altamente decorativos, y que al suprimirlos despojaríamos a las calles de una nota insustituible.

Pero el problema está en la realización de un detenido plan de auxilio que se ha estudiado largamente.

Si los últimos bohemios se mueren de hambre y de miseria, sería lógico darles de comer con regularidad y vestirlos de un modo correcto. Pero entonces, si algún día comen y visten bien, habrán dejado de ser bohemios característicos. Un bohemio con buenos colores en la cara no puede ser un bohemio.

Se cuenta de Oscar Wilde que, en cierta ocasión, para socorrer a un mendigo, encargó al mejor sastre de Londres un traje de una tela magnífica, que luego se sometió a terribles pruebas para hacerle perder su flamante aspecto y se llenó de manchas y remiendos, hasta que quedó convertido en un perfecto traje de *mendigo*.

De igual modo podríamos convenir en que estos últimos bohemios, que, por ser

cada vez más escasos, parecen amenazar con la extinción de su pintoresca clase, vistiesen para los actos de servicio (tales como dar sablazos, esperar en las antecámaras de las redacciones, tomar café con media en un café de barrio y pasear a altas horas de la noche sus tristezas desconsoladoras) unos trajes de *bohemia*, cuyo diseño acabado se encomendaría a hábiles artistas. Pasarían a cobrar su nómina todas las semanas, y si en vista de las mejoras de la clase hubiese aglomeración de solicitudes, se les sometería a una reñida oposición.

Se seleccionarían los tipos, se les dividiría en brigadas. Una desertión sería desfavorablemente interpretada: el desertor figuraría en las listas negras, en esas nutridas listas negras en que ya figura, entre otros, el poeta de la bohemia negra y la tarifa blanca...

José LÓPEZ RUBIO



Dib. BRADLEY. — Madrid.

— ¿Por qué te has mandado hacer esa salida de teatro?
— Por favorecer a la modista, que la pobre tiene muy poco trabajo. Ya ves, en lo que va de mes no ha tenido más entrada que la de la salida.



Dib. BEBERIDE. — Madrid.

EL DRAGÓN. — ¡Caray!... ¡Y el médico que me ha recetado un poco de hierrol!...



Dib. GALINDO. — Madrid.

— ¿Cuándo terminas el cuadro?
— En cuanto dé unos toques a la trompeta.

TRAGEDIAS HISTÓRICAS LA BRONCA DE MONTIEL

Cae la noche lentamente — sobre el campo de Montiel, — y ya nada se oye en él, — ni se ve un bicho viviente. — Apenas unas hogueras, — por las tropas encendidas, — se adivinan esparcidas — entre las tiendas guerreras. — Todo lo invade un reposo, — que no turba ni un sonido, — y apenas se oye el ronquido — de un soldado valeroso, — que expresa con ese ruido — su descansar fatigoso — tras de un combate reñido — en el que ha hecho bien el oso.

Estamos, ¿hay quien lo extraña?, — cual por arte de Sántan, — en la tienda de campaña — del arrojado Bertrán — Duguesclín, aquel francés — a quien nadie venció en duelo, — porque del primer revés, — con las manos o los pies, — tiraba un castillo al suelo.

Al levantarse el telón — hay una pausa imponente, — y luego, rápidamente, — comienza, lector, la acción.

Alzando los cortinajes — que el paso a la tienda quitán, — entran cuatro personajes, — que a continuación se citan. — El rey DON PEDRO, llamado, — por lo animal, el CRUEL, — y acompañándole a él, — en su entrar desconfiado, — cual satélites de un astro, — vienen FERNANDO DE CASTRO, — MEN RODRÍGUEZ DE SANABRIA — y un tal GONZÁLEZ DE OVIEDO, — hombre sin tacha ni miedo, — que, a pesar de ser de Oviedo, — nació un invierno en Calabria.

DON PEDRO. ¡Por el Cristo de Limpias! Nadie hay.
RODRÍGUEZ. Me extraña que la tienda esté tan sola...
F. DE CASTRO. A ver si el Duguesclín metió una bola al deciros aquello...

DON PEDRO. ¡Qué caray!
Sentémonos aquí y esperaremos,
no nos vaya a tomar por unos memos...
(*Todos se sientan.*)

F. DE CASTRO. Pensad, señor, que el socio ése es muy pillo...

DON PEDRO. El francés no es capaz de tal afrenta.
¡Vaya, no comentéis! Ahí va un pitillo...
(*Saca tabaco y reparte.*)

F. DE CASTRO. Gracias.

RODRÍGUEZ. Se estima.

G. DE OVIEDO.

Merci.

DON PEDRO.

Es de cincuenta.

RODRÍGUEZ.

¡De hebral

G. DE OVIEDO.

¡Y, al parecer, es hebra final

F. DE CASTRO.

Pero tendrá abundante nicotina...

DON PEDRO.

El Bertrán Duguesclín, ese hombre llano que se encuentra al servicio de mi hermano, me ha ofrecido escaparme de este cerco en que me apresa don Enrique terco; claro es que a cambio de no dar la cara y de que se le atice *pastizara* (1). Con él he convenido hace unas horas el venir a esta tienda, que es la suya, a fin de darme yeguas corredoras para que en ellas hacia Francia huya.

(1) Un vocablo francés muy retrechero — que expresaba la idea de dinero. (N. del A.)

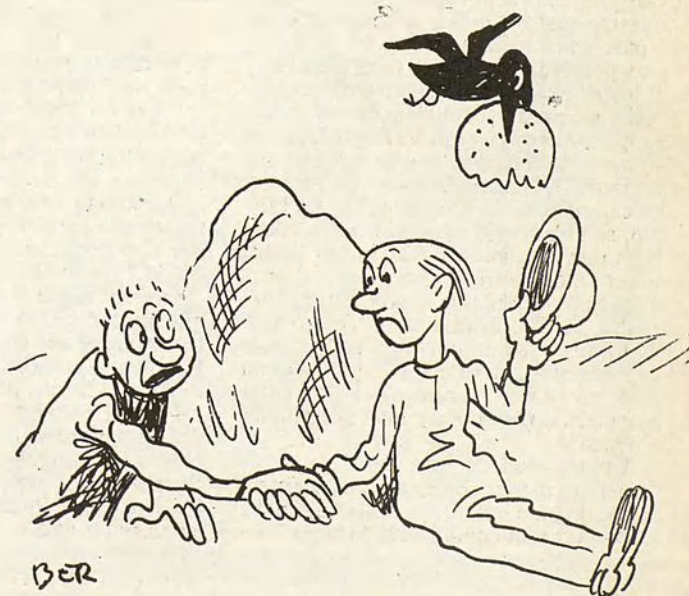
UN ROBO FRUSTRADO

De esta forma me libro de mi hermano y de sus belicosos armatostes, porque el tal don Enrique es un marrano que me está dando el té con picatostes. Pero ¿y si os hace Duguesclín traición?

F. DE CASTRO. DON PEDRO. *(Furioso.)*
¡De una patá le partó el esternón!
¡Silencio!... ¡Vienen!... De impaciencia estallo...
RODRÍGUEZ. Sí, sí... Se oyen pisadas de caballo...
(Hay una pausa llena de emoción — en que se oye volar un moscardón. — Al cabo de ella, asoma por la puerta, — a la existente claridad incierta, — un caballero armado hasta los dientes, — que no es el que los nobles impacientes — aguardan... Es, lector, ¿quién lo pensara?, — DON ENRIQUE, el llamado TRASTAMARA. — Los cortinajes a su paso suelta — y avanza con la bilis muy revuelta.)
DON ENRIQUE. ¿Dónde está ese bastardo con mancilla que se dice monarca de Castilla?
DON PEDRO. *(Rabioso.)*
El bastardo sois vos, cacho de intonso, que hijo soy yo del digno rey Alfonso!
(A Bertrán Duguesclín, el traidor, — que entra riendo a más y mejor.)
¡En cuanto a vos, franchute del demonio, permita Dios que, uncido en matrimonio, sepáis, ¡sil, ¡que la que es vuestro embeleso, os la está dando, sin cesar, con queso!
DUGUESCLÍN. No se verá vuestro deseo logrado, porque yo no me caso ni amarrado.
DON PEDRO. *(A don Enrique.)*
¡Sirvergüenza! ¡Ladrón! ¡Vais a morir!
DON ENRIQUE. Me hacéis, Perico, sin querer reír...
(Y lo mismo que aquel que no hace nada, — lanza al aire una fuerte carcajada.)
DON PEDRO. ¡Guárdeos el Papa, entonces, él que puede!
DON ENRIQUE. ¡A vos no os guarda ni la Santa Sede!
(Se acometen los dos tieros, violentos, — diciendo frases de odio y juramentos.)
F. DE CASTRO. ¡Pues nosotros, señores, nos fugamos!
(Salen los tres corriendo como gamos.)
DON PEDRO. ¡Infame!
DON ENRIQUE. ¡Miserable!
DON PEDRO. ¡Bandolero!
DON ENRIQUE. ¡Malandrín!
DON PEDRO. ¡Cucaracha!
DON ENRIQUE. ¡Pistolero!
(Se pegan bofetadas a destajo, — y don Enrique, el pobre, cae debajo.)
DUGUESCLÍN. ¡Caramba! Este don Pedro es una fiera...
¡Le va a dar a mi amo una traperal!
¡Ah! ¡Pues yo, como aquel que se hace el loco, el lugar de la lucha cambio y troco!
Todo a mi voluntad cede y se acata...
(Se agacha, y mientras con la voz le anima, — le coge a don Enrique de una patá, — le da una vuelta y le coloca encima.)
Mi indomeñable valor no atiende a fuero ni a ley. *(A don Pedro.)*
Ni quito ni pongo rey, pero ayudo a mi señor...
DON ENRIQUE. ¡Gracias, Bertrán!... Esto se acaba...
(Saca un puñal y a Pedro se lo clava.)
¡Ay, mi madre!
Murió...
DON PEDRO. Perdió la vida...
DUGUESCLÍN. ¡Matáis mejor que un fuelle insectidal!...
DON ENRIQUE. *(Le felicita calurosamente, y cae el)*

TELÓN

ENRIQUE JARDIEL PONCELA



BER

Dib. BERGSTROM. — Estocolmo.



Fútbol

«Si te pego una "patá"... verás!...

Con un lleno hasta los topes y una tarde espléndida, comenzó ayer en el campo de la Real Sociedad Gimnástica Española el campeonato de la región Centro.

Dando patadas a un balón inquieto y nervioso, que botaba con efectos *contraproducentes*, los chicos de la veterana Sociedad se disputaron palmo a palmo el terreno con los de la Unión Sporting, equipo de segunda categoría que ayer recibió, no uno, sino varios y morrocotudos espaldarazos para coger la borla del doctorado balompédico..., que para todos vosotros — sin olvidar a la Ferroviaria — os deseo, amén.

En el *once* de la Gimnástica echamos de menos tres de sus valiosos elementos: Hernández-Coronado, Anatol y Moco-roa. Conserva, en cambio, su excelente línea de medios, Serrano-Adarraga-Gargollo, y su portero, Sancho, para nuestro gusto el más igual, más discreto y más constantemente seguro de nuestros porteros regionales (con permiso y si los *doctos* no disponen otra cosa).

En su puesto, también de la defensa, permanece el gran Valmaseda, cuya sola presencia *despeja* más que una circular del duque de Tetuán. En cambio, su compañero de dominios, un tal Pueblo, se nos antojó ayer que no le llama Dios por el camino de la lucha contra los cuerpos esféricos.

La línea delantera es una *línea quebrada*. Abras, el delantero centro que tanto nos habían ponderado, posible es que jugando al fute no haya roto un plato en su vida; pero con el balón entre las piernas *falla* más que un albañil borracho.

A la flojedad de esta línea, de valor decisivo en todo buen equipo, y singularmente a su delantero centro, se debe el que ayer un equipo de indudable inferioridad trajese de cabeza a los simpáticos blanquinegros, llegando en muchas ocasiones a verse dominados por los modestos y entusiastas unionistas, que

a toda costa querían «tirarle viajes» a la red custodiada por Sancho.

El equipo de la Unión Sporting, apenas si lo habíamos podido apreciar. En la última temporada vimoslo actuar solamente contra el Racing Club y contra el Esperanza, de San Sebastián, sacando una buena impresión de Moraleda — sin duda su jugador de más relieve — y del bonachón de Navarro, padre de familia que juega con fe y entusiasmo a pesar de los noventa kilos de filetes que lleva encima de su alma.

Nos gustó su línea de medios, García González-Gómez, cuyos nombres, como podrá apreciar a simple vista el curioso lector, no tienen nada de extranjeros, pero cuyo juego hace honor al modesto equipo de la camiseta escarlata.

Singularmente el medio centro, un chaval que no levanta una vara del suelo, y que a duras penas habrá cumplido los quince abriles, demostró que sabe lo que se trae «entre pies», haciendo jugadas de adulto, realmente primorosas algunas de ellas, que le valieron ca-lurosos aplausos de la enardecida concurrencia.

A ver si me cuidáis a este chico, ¿eh?

El portero, Cano, muy bueno..., pero para cobrar recibos en cualquier honrada casa de Arganzuela o Salitre.

Baste decir que entre él y Sacristán (otro defensa completamente *parroquial*) ¡lograron! el único tanto del encuentro a favor... de los gimnásticos.

Por cierto que en los primeros instantes que siguieron a este *goal*, mejor que Contreras pudo arbitrar un piquete del 14.º tercio. He dicho.

Otrosí digo: Amigo Fagoaga, hay que buscar a escape un delantero centro. Aunque sea en Colmenar de Oreja. Y si puede ser que venga sin pañuelito rojo en la frente, mejor.

Para el próximo encuentro, que tendrá lugar entre el Athletic Club y el Unión Sporting, han prometido Cano y Sacristán que ayudarán en lo posible a los chicos de Ruete para que pesquen en su red a calzón y *jersey* quitados.

Por cierto que ayer se murmuraba algo muy interesante si llegase, ¡ay!, a vías de realización.

Decíase, nada menos, sino que en

adelante todos los partidos se celebrarán en el Stadium.

Sea o no cierto, el público sí debía imponerse, ya que es quien paga, y formar el *frente único*, garantizando así, a su vez, que no volverá a colgarse en los tranvías para acudir a los campos como el de la Ciudad Lineal, que así pasarían a ser

«... campos de soledad, mustio collado», en justo castigo a su perversidad.

TIROS BOMBEADOS

Dentro de la sección inauguramos este *negociado*, que *bombeamos* nosotros mismos, y en el que se recibirán cuantas noticias, informaciones y referencias de buena ley se dignen enviarnos el respetable plibquigno.

Copiamos de una información periodística: «El gobernador de Barcelona se incauta del azúcar y de las judías.»

El *once* que forman los chicos del Español hubiera visto con buenos ojos que la incautación se hubiera extendido hasta el árbitro que juzgó el partido entre dicho equipo y el Europa F. C.

El público vió claramente cómo el tal *funcionario* dejó de conceder dos clarísimos *penaltys* contra el Europa.

Es decir, que se mostró juez y parte... de Europa.

¡Qué bárbaro!

Barril, el simpático jugador del Stadium, de Oviedo, parece ser que piensa abandonar su equipo y pasar de *medio* a uno de proyectada construcción, que será bautizado con el nombre de «Sidra F. C.»

¿Barril... y *medio* de Sidra? (Risas.)

Nos escribe así un amigo deportista de la ciudad condal:

«¡Ya ve usted, *Pichín*, cómo estaremos por acá de idolatría, que *La Jornada Deportiva* dió hace unos días el gran banquete a su *once* favorito.

»Al acto asistió Puig y Cadafalch.

»Se sirvió cocido sin un solo garbanzo de Castilla.

»El primer plato consistió, naturalmente, en sopa.

»Pero la sopa era de letras.

»Y se les atragantó a todos los invitados, muchos de ellos ex diputados de la Lliga.

»¿La causa?

»Se descubrió, por fin. Tratábase de una pasta en que todas las letras eran SSS, AAA, MMM, III, TTT, III, EEE y RRR.

»Total, un empacho de SAMITIER proporcionado por *La Jornada*.»

!!!Hasta en la sopa!!!

✘ ✘ ✘

Se dice que unos cuantos funcionarios cesantes de Hacienda, todos ellos gente de buen humor, han decidido formar *onces...* «para ganarse la vida», como las chicas del Metro.

Se hacen gestiones cerca del risueñísimo ex ministro del ramo Sr. Villanueva para que acepte el puesto de guarda-

meta en un equipo cuyos *defensas* serán los Sres. Pedregal y Chapaprieta.

Suponemos que el intento fracasará. Con tales *defensas...* D. Miguel ¡ni aun en Hacienda aceptaría el cargo de portero mayor!

✘ ✘ ✘

Al Gracovia F. C. le han zurrado también los sevillanos. No está mal que les diesen para el pelo. ¡Su capitán es calvo!

PICHÍN-MALO



UN «PASE» A LA RESERVA

Dib. Bon. — Madrid.

SUCESOS DE LA SEMANA

Intento de robo? — En el domicilio particular del ex ministro a la fuerza D. Santiago Alba, que se encuentra en el extranjero en viaje de placer, penetraron ayer unos *cacos*, al parecer con propósitos evidentes de incautación. Fueron vistos por la policía y detenidos; pero negaron con la mayor frescura que pretendieran cometer ningún acto delictivo. Estrechados a preguntas, manifestaron, para explicar su presencia, que iban a visitar a D. Santiago, citados por él y para hablar de negocios.

Esta burda excusa no fué creída, como es natural; primero, porque la condición social de los asaltantes de la casa es bien conocida, y segundo, porque los negocios los hace D. Santiago solo.

Choque de automóviles. — En la mañana del sábado chocaron violentamente en la calle de la Magdalena los automóviles particulares de los señores García Prieto y Maura, que iban conducidos por sus respectivos dueños.

García Prieto fué despedido del pescante (¡que es el único sitio de donde no le habían despedido todavía!), y resultó herido en una mano, aunque muy levemente.

También resultó lesionado un amigo (¡el único que le quedaba!) que iba con él. Maura, no.

Del accidente parece responsable este

último señor, pues, según dice un *chauffeur* que lo presenció, no sabe gobernar un coche.

Ni nada..., y eso ya lo sabíamos nosotros desde hace rato.

Suicidio frustrado. — Corre el rumor (de cuya autenticidad no respondemos) de que un hijo de un célebre político, famoso por lo mal que andaba cuando iba a pie y por lo mal que anda ahora, vaya a pie o en coche, ha intentado suicidarse poco después de ser declarado cesante en cierto Ministerio donde *no prestaba* sus servicios, pero los cobraba.

Se dice que el repetido hijo del reiterado prócer quiso arrojarse de cabeza al estanque del Retiro, lo cual impedirían dos pescadores de caña (y de reuma) que había en la orilla.

Corre también el rumor de que no fué suicidarse lo que pretendía el desesperado joven, sino que le pareció ver flotando en las aguas una credencial de oficial primero de Hacienda, y, siguiendo su antigua costumbre, se arrojó a ella como una fiera.

Esto último es lo que debe de ser la *chipén*, porque el supradicho vástago del precitado estadista no se mata por no trabajar.

¡Ni por trabajar se mata tampoco!
Terrible desgracia. — Don José Fran-

cos Rodríguez, nuestro querido amigo y compañero en la Prensa y en la mesa de todos los banquetes, ha sido víctima de un tremendo contratiempo.

Ayer fué a tomar el té en casa de una familia aristocrática, con la que le une antigua amistad, y aunque el té ya se lo ha dado hace tiempo el Directorio, no tuvo inconveniente en aceptar una taza.

Pero fuese distracción suya, o del repostero, o de los encargados del servicio, el caso es que al ingerir la oriental bebida se abrasó materialmente la lengua, por encontrarse la infusión casi hirviendo.

Reconocido por los doctores, convinieron en que la herida no era mortal; pero que su curación tardaría de cinco a seis meses.

Franco Rodríguez, por tanto, no podrá hablar nada en lo que queda de temporada.

Pierde doce banquetes en Madrid, diez y ocho en provincias, doce Juegos florales extraordinarios, dos aperturas de curso de abono y varias conferencias nocturnas.

Y además no podrá (aunque le nombren) ser académico de la Lengua, mientras la tenga como la tiene ahora.

En serio que lo sentimos; ¡pero de verdad, con el corazón, como entusiastas aficionados!

Detención de un sospechoso. — Ayer noche detuvieron dos agentes de vigilancia a un individuo, de aspecto extravagante y frenético, que se hallaba parado frente al Casino militar diciendo y repitiendo con monótona pesadez estas palabras: ¡Lo que va de ayer a hoy! ¡Lo que va de ayer a hoy! Esto, y el llevar en la mano un envoltorio de aspecto poco tranquilizador, hizo que se pensase en la posibilidad de un atentado terrorista, y el sujeto en cuestión fué conducido a la Comisaría.

Allí dijo llamarse Juan Cierva, no tener empleo y ser valiente de nacimiento, cosas que hicieron sospechar que se trataba de un pobre alienado.

Registrado el envoltorio, resultó que contenía dos docenas de pantalones de cuadros que, según manifestación del preopinante, llevaba a un tinte para ver si se los podían cambiar de color.

Añadió que él había cambiado de color la noche del 13 de septiembre; pero que ya estaba más tranquilo.

No resultando cargo alguno contra él, le dijeron que se fuera a su casa.

A lo cual él repuso un poco *mosca*: — ¿Otra vez? ¡Porque yo ya no sé las veces que me lo han dicho desde el sudicho día treccel!...

Pero el caso es que se fué.
¡Vaya con Dios!...

ERNESTO POLO



Dib. BARRADAS
Madrid.

EL MARINERO. —
¡Pero es que a un hombre que se ha pasado la vida embarcado le vas a discutir tú de barquillos?

LAS COSAS DE LOS TEATROS

LA BELLA MARQUESA DOLORIDA

Pues verán ustedes... El otro día, en uso de mi perfecto derecho, me fuí a Valladolid. Todo el que me conoce — y me conoce mucha gente —, al enterarse de mi determinación, me lo censuró y me puso mala cara.

— ¿Y a qué va usted a Valladolid?

— ¿Va usted a estrenar allí alguna obra?

— ¿Es que tiene usted en esa capital alguna novia cómica?

Por lo visto, todo el que se dirige a Valladolid — lo ignoraba hasta hace poco — va con el propósito de estrenar una comedia, o, por lo menos, le aguardan allí los brazos palpitantes de una actriz enamorada; pero yo, que soy, sin duda, un sujeto originalísimo, fui con otro objeto muy distinto y que, ustedes perdonen la franqueza, no me da la gana de explicar...

Ello es que llegué a la taquilla, tomé un billete, me monté en el tren, pitó la máquina y... adelante con los faroles. En una estación del tránsito saludé a cierto pariente que es jefe de estación; en Segovia tomé un café en una taza demasiado grande, y con poco azúcar, por más señas. Hice otras cosas, que tampoco quiero referir..., ¡y llegué!

Cumplidos los fines de mi excursión, y sin tener que realizar otros asuntos de mayor trascendencia, me encaminé al teatro Lope de Vega de dicha ciudad vallisoletana.

Actuaban Eugenia Zuffoli, Ramón Peña, Pepe Bódalo, Enriqueta Serrano, la Severini, el barítono Murcia y unas cuantas señoritas, cuyos nombres ignoro y a las que me complazco en enviar desde estas columnas el más genial de los saludos.

Algunos de los artistas citados interpretaban — ¿cómo no? — la obra de Guerrero *La montería*.

Llegué en el instante en que la orquesta comenzaba a preludiar el conocido e inspirado número que comienza así, poco más o menos:

«¡Oh baronesa gentil,
¡bella marquesa ideal!»

Ustedes saben que toda esta aristocracia tiene que descender por una rampa hasta llegar al barítono, que las saluda con la frase antedicha.

Pero... ¡buen saludo nos dé Dios!

Sonreía elegantemente el Sr. Murcia, y bajaban por la pendiente las ideales cazadoras, cuando de pronto sonó un ruido siniestro, el rostro del actor se contrajo de espanto... ¡Se hundía con estrépito la rampa y caían las gentiles aristócratas!

Fué un momento de emoción. Paró la orquesta, y todos nos lanzamos a auxiliar a las víctimas del accidente. Por fortuna, el daño fué leve; tanto, que Murcia ordenó a la orquesta que prosiguiera, y se inició el número con las consiguientes evoluciones:

«¡Oh baronesa gentil!»

Hubo una carcajada estruendosa en el público. Miré hacia el escenario y por poco estallo de risa.

La marquesa ideal caminaba dolorida detrás de sus compañeras, cojeando

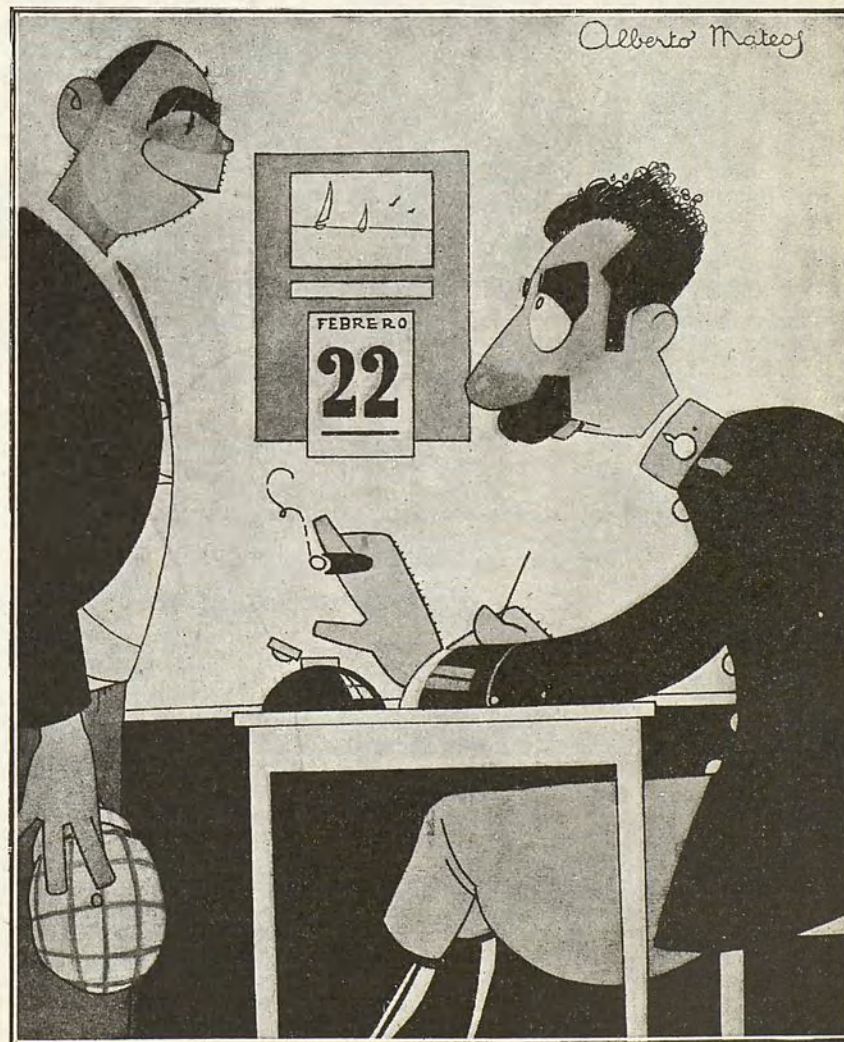
y con una mano puesta sobre... ¡Sobre lo más pomposo y torneado de su cuerpo! Al mismo tiempo, exclamaba con amargura:

«¡Ay, cazador, cazador!»

El cuadro bien merecía un viaje a Valladolid...

EL PURGANTE

Es un actor cómico, muy popular y que en breve comenzará a trabajar en Madrid, como todos los años.



LA FILIACIÓN DEL RECLUTA

— ¿Religión?
— Mulero.

Dib. MATEOS. — Valencia.

TITIRIMUNDILLO

— Señorita, este niño no hace más que morderme.

— ¡Tenga paciencia, ama!... ¿No ve que su padre es autor dramático fracasado?

— He tenido una discusión con el tendero; pero no me ha convencido.

— Es que no te habrá dado ninguna razón de peso.

— Me la ha dado; pero con el peso falto.

Varios teatros han dado ahora en la manía de representar las mismas obras, ponderando cada uno de ellos las maravillas de la interpretación.

Suponemos que al representar una obra en que haya asesinatos, dirán: «Venga usted a nuestro teatro, que es donde están los criminales más auténticos.»

Una muda ha recobrado el habla, y se ha quedado, por tanto, limpia de preocupaciones.

Es decir, que, como si fuese domingo, tenemos una muda limpia.

A propósito de la feria que se celebra junto al Botánico, dice un cronista: «Desde luego, la feria de ahora no es la de hace veinticinco años.»

— ¡Gedeónico!... ¿Cómo quiere usted que dure tanto la misma?

Confeccionando el cartel de un cine. — Si le parece a usted, pondremos como última película El jinete misterioso, en medio Charlot y Las manos de hierro, arriba.

— ¡Ca, hombre! Porque si en el cartel ponemos Las manos arriba, nos exponemos a perder público.

Entre niñas casaderas. — Pues a mí, digan lo que quieran, el nuevo régimen no me gusta.

— ¿Por qué?
— Porque nadie puede hacer declaraciones más que Primo de Rivera, y ¡ya ves qué porvenir!

En Novedades se representa Una tragedia en la noche.

Debería representarse en otros varios, porque la tragedia de la noche es cuando ven que no se acerca nadie a la taquilla.

Según un escritor optimista, «la vida es amable».

— ¡Sí, eh? Pídale usted diez duros, y ya verá la amabilidad.

En la pescadería. — Aquí vengo a devolver el pescado que me llevé. Dice mi señora que está malo, y que si le parece a usted bonito.

— Dile que, efectivamente, no me parece bonito..., ¡porque es congrio!



Dib. BLUFF. — Madrid.

— ¿Supongo que te habrán llevao tus señores a ver la playa de la Concha?

— ¡Ca, hija! He tenío que conformarme con venir al sardinero.

Este ciudadano, casado, tenorresco y poco feliz para los amores de *extrarradio*, tenía en su casa una sirvienta de espléndida hermosura.

Andaba loco tras ella, y la chica no se había dado cuenta de la persecución de que era objeto; no encontraba el actor ocasión propicia para, a espaldas de su consorte, realizar la *faena*.

Tenía miedo, en una palabra.

Pero cierta noche, después de la función, regresó tarde a su domicilio: todos dormían. En su alcoba, la esposa infeliz se hallaba sumida en profundo sueño.

¡La hora había llegado! Cauteloso, silencioso, se arrastró hacia el cuarto de la criada... Empujó la puerta con cierto temor...

Y, en efecto: la sirvienta, apenas dióse cuenta de lo que sucedía, comenzó a dar alaridos de espanto y de indignación:

— ¡So indecentel... ¡So granujal... ¿A

qué viene usted aquí?... ¡Se lo voy a decir ahora mismo a la señorita!...

Nuestro héroe creyó morir. El contratiempo era espantoso; pero hombre de grandes recursos teatrales, bien pronto se repuso e hizo una escena dramática:

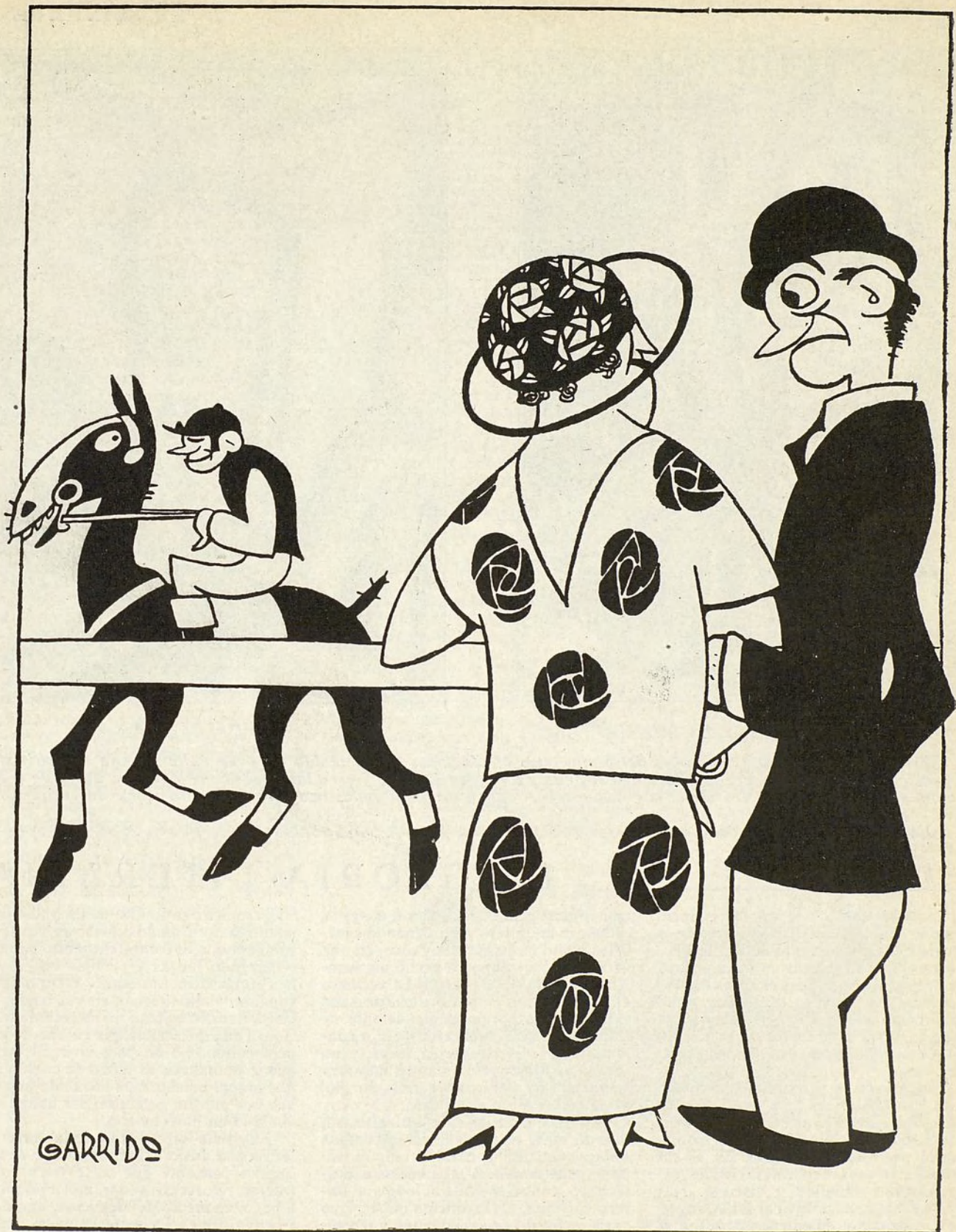
— ¡Oh!... ¿Qué dices, desgraciada?... ¿Qué presumes de mi actitud?... ¡Estoy enfermo!... ¡Sábelo, vanidosal!... Vengo simplemente a ordenarte que mañana me entres al cuarto un purgante, porque tengo una indigestión. ¡Idiotal!...

Y fuése altanero y gozoso, en el fondo, de su habilidad.

Pero al día siguiente, muy en contra de su voluntad, no tuvo otro remedio que tomarse medio litro de agua purgante que llevó hasta el lecho matrimonial la criada en cuestión...

¡Rigurosamente exacto!

JOSÉ L. MAYRAL

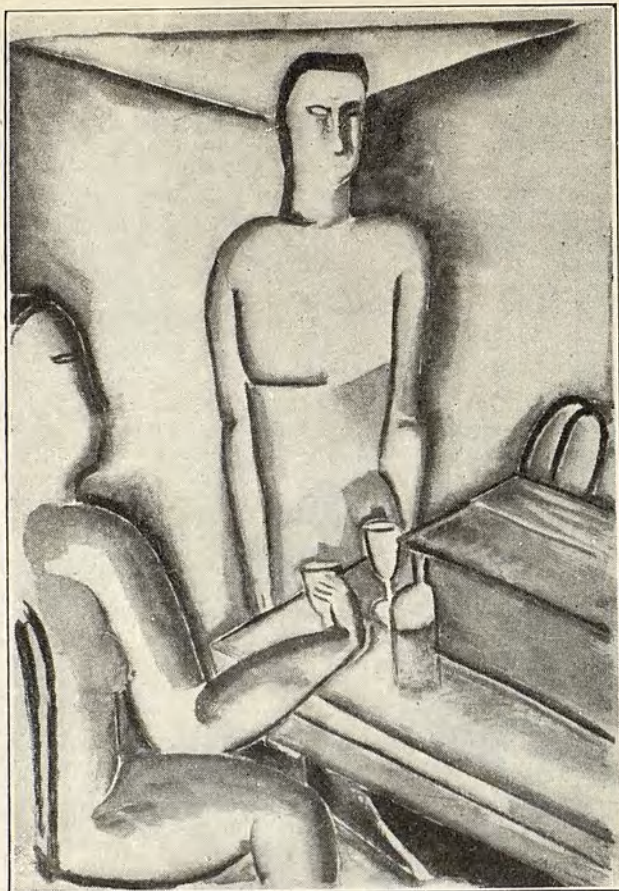


Dib. GARRIDO. — Madrid.

— Fíjate, Casiano. Ese animal, en diez minutos de carrera, ha ganado más que tú en los diez años que llevas ejerciendo la tuya.



«EL HOMBRE Y LA MUJER»



«EN LA MESA»

Estos dos cuadros originales del pintor ruso M. Zadkins, y han tenido un gran éxito en una reciente Exposición celebrada en Berlín. Claro que si Adán y Eva resucitasen y vieses los cuadros de Zadkins, antes de contemplar a un hombre y a una mujer contemporáneos, daban un grito agudísimo y se volvían a morir de vergüenza.

LOS ENEMIGOS DEL HOMBRE LA GLORIA LITERARIA

Contados son los españoles eminentes que con el embriagador laurel de la gloria alíen su cocidillo diario. Cocidillo en el que no se eche un buen pedazo de premio Nóbel, pocas calorías da. Repasemos las revistas ilustradas y advertiremos que, por lo general, no hay ningún escritor gordo. Nuestras celebridades más puras no pasan de los sesenta kilos.

Todos los que perseguimos rabiosamente la notoriedad, y aun aquellos maestros que ya se ahitaron de ella, reconocemos la conveniencia de modificar la profesión de literato. Es, en sus manifestaciones corporales o físicas, excesivamente humilde y discreta. Hay que cuidar de hacerla aparatosa, sugestiva, ostensible. Mientras no lo sea, la gente no le dará importancia. Un hombre, por muy ojoso que esté, por mucho que se muerda las uñas, por mucho que mire al techo, no inspira admira-

ción alguna cuando se limita a meter la pluma en un tintero y a ir llenando cuartillas hasta la quinientas y pico, en que escribirá «Fin» y tendrá hecho un suculeto libro de cinco pesetas. La vecina o el amigo entran en nuestro cuarto, nos ven sentados normalmente delante de la mesa, rascándonos el cogote o contemplando con estupor la mesa, y no creen que allí se está creando una obra literaria, casi maestra. Cuando, por fin, se marchen, dirán en su casa:

— Parece mentira que Fulanito, sin más ni más, escribiendo unas cuantas boberías que no le cuestan ningún trabajo, gane dinero. Estaba hecho un poltronazo, con su cajetilla al lado y el tintero encimada. En la oficina quisiera yo verle, acosado de expedientes y teniendo que *cargarse* toda la legislación de carreteras...

Ese señor, esa vecina, tienen muchísima razón. Mientras no escribamos nues-

tras crónicas en lo alto de un andamio; mientras no urdamos nuestras novelas subiéndonos al techo, cargando baúles o haciendo largas y prolijas operaciones algebraicas, aullando, resoplando, sudando y maldiciendo en voz bastante clara, nuestro trabajo no merecerá atención. Toda profesión que carece de espectacularidad no da para vivir. El duro que le abonamos al mozo de cuerda se nos antoja mucho más merecido que el que nos pide un gandulón por haber inventado un libro ameno.

Gravísima imprevisión de la Naturaleza fué la de no habernos dotado de un órgano pensante que se le viera contraerse, retorcerse, sudar, morir poquito a poco, en medio de espasmos, agonías y convulsiones. La gente, entonces, diría llena de compasión:

— ¡Pobre hombre! ¡Cuánto trabaja para destacarse, para subsistir, para prevalecer! ¡Cómo se le menean los se-

sos; cómo tiemblan, se hinchan y se amoratan! Indudablemente, lo que escribe debe de estar muy bien...

En tanto no tengamos todos transparente el cráneo, nuestra persecución tras la celebridad será un Via Crucis sin Cirineos, oscuro y desgarrador. Y aun en el caso de sobresalir, tampoco ganaremos gran cosa, porque bien sabéis que la fama, con correr y alumbrar tanto como la luz, nunca se aproxima a las desventajas. Amigos nuestros que han llegado a eminentes, nos lo repiten con amargura: no tiene cuenta ser célebre. El hombre célebre tiene, para vivir, que continuar trabajando todos los días, y contestar muchas cartas de admiradoras que le piden «una tontería cualquiera» para su álbum, y complacer a infinidad de admiradores que le suplican un ejemplar gratis de su último libro, y, además, dedicado. El hombre célebre se halla en la obligación de sostener a toda hora entrevistas con corresponsales preguntones y decirles cosas interesantes que estén a la altura de su celebridad. El hombre célebre tiene la obligación de seguir siendo célebre hasta poco antes de morir, momento solemne para él, porque aun habrá de concusir una frase que asegure definitivamente su celebridad. El hombre célebre regalará prólogos, soportará lecturas, asistirá a banquetes, cuidará de no llevar torcidos los tacones, veraneará todos los veranos y escuchará con la sonrisa en los labios y la diestra en el bolsillo a todo aquel admirador o camarada que le cuente una miseriúca al oído.

Esta clase de vida no tiene, en verdad, nada de tentadora, y así lo entienden muy doctamente los mercaderes, los señores del tanto por ciento, los orondos materialistas que llaman al pan, pan, y al vino, vino. Como en España todas las cosas tiene que arreglarlas el Gobierno, los plumíferos, grafómanos y emborronacuartillas deberemos reunirnos para que un proyecto de ley modifique esta dura profesión de escribir, obligándonos a aprender boxeo, gimnasia, pedestrista, mecánica y albañilería. También sería prudente suprimir la antigua costumbre de dedicar libros gratis, visto que en las restantes profesiones u oficios no tiene imitadores. La lógica nos impulsaría a leer noticias como ésta: «Acaba de aparecer en el escaparate de don Fulano una nueva edición de sus zapatos de *box-calf*, que está obteniendo un gran éxito.» ¿No se dice esto mismo de una novela? Y así como le pedimos a nuestro amigo el novelista un ejemplar firmado de su obra, la lógica nos induciría a penetrar en la tienda de nuestro amigo el zapatero y decirle:

— Querido, enhorabuena por ese nuevo exitazo. Tengo mucho gusto en que me dedique y me firme un par de zapatos de los que usted acaba de poner a la venta...

E. RAMÍREZ ÁNGEL

GREGUERÍAS FALSIFICADAS

Hemos encontrado, arrojadas en un solar como se arroja un arma homicida, unas cuartillas con algunos pensamientos breves que quieren ser greguerías; pero muy toscamente falsificadas. Las publicamos, sin embargo, a título de curiosidad, de algo así como *Greguerías de Avellaneda*. Por lo menos, son una demostración de que el estilo del verdadero autor de las *Greguerías* legítimas ejerce en la juventud una sugestión tan poderosa como el *cine*.

Ese padrino de boda que entra en el templo a los acordes de una marcha, agita el brazo que le queda libre con una sandunguería torera que encuentra de mal gusto el contrayente.

Cuando viene el *ABC* lleno de esquelas mortuorias, pensamos que hay días de moda para morir. Del que nos da más pena es de ese pobre muerto a quien hemos dejado irse solo y cuya esquela, única del periódico, aparece rodeada de anuncios de una vitalidad agresiva: «Pago más que nadie...» «No compréis sin visitar...»

Lo más contrario que hay a la frase de Jesús «Dejad que los niños se acerquen a mí», es esa hilera de pinchos que su eminencia ha mandado colocar en la trasera de su automóvil.

¡Qué sabiduría la de la sociedad, al haber aislado a los hombres más irascibles, encerrándolos en una oficina y dejándoles únicamente una ventanilla para comunicarse con el mundo exterior!

¡Menos mal que no le ha tocado la lotería a ese íntimo amigo nuestro que jugaba las cinco series del mismo número!

No volváis a tapiar esos nichos que se derrumban en los viejos cementerios, ahora que los muertos empezaban a ver la luz, después de tan largo túnel.

También parece un polichinela ese criado que tiene puesto un tapiz sobre la baranda del balcón y lo golpea cien veces seguidas con una pala de mimbre, quedándose finalmente doblado sobre la barandilla para arrancar una hebra que sobresale.

Cuando una modistilla abre el pañuelo de crespón para ajustárselo mejor al torso y enseña un momento el busto, parece una paloma que sacude las alas.

Los barriles de vino que van de pie sobre el camión, van oscilando y haciendo eses como si predicaran con el ejemplo.

¿Dónde estará aquel vagón de nuestro viaje de novios? Lo estará tal vez profanando esa gente analfabeta que parte las rajadas de salchichón mucho más gordas que uno.

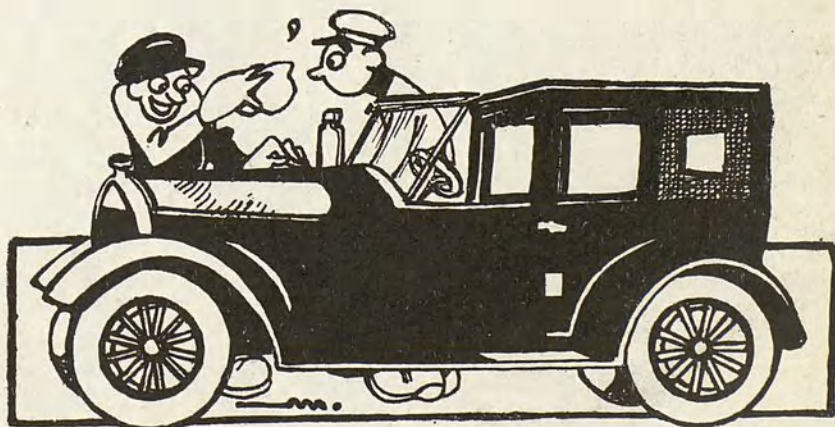
La gente censura al ex ministro; pero a quien yo censuro es a la niñera por haberle dicho que sí.

La ropa blanca que ondea en las terrazas es el pabellón que se iza los días de trabajo.

Uno puede hacer greguerías, aunque las haga mal; porque tampoco Gaona ha prohibido a los novilleros malos que den gaoneras.

Por el hallazgo,

RAMIRO MERINO



Dib. MONDRAGÓN. — Barcelona.

— Date prisa, Celedonio, que voy a salir y necesito el coche.

— Sólo he tenido tiempo de pasarle una rodilla; de modo que, como me voy cansando ya, todo lo más que puedo hacer es doblar la rodilla...

TABLEAU!...

Los cinco amigos, como a una consigna, ocultaron la cara cuando Goyito dió la voz de alarma:

— ¡Compañeros, Agudo a la vista! ¡Cuidado, no nos vea!

Uno se llevó el pañuelo a la cara, otros hicieron como que buscaban en el suelo, y ya pasado el peligro, conti-

nuó el diálogo de los amigos en la terraza del bar.

— ¡Vaya un gachó! Yo, cuando le veo, pido un cuchillo y una botella de Sautes.

— Es un ostra.

— ¡Vaya un pelmazol!

— Pues yo os aseguro que el día que nos vea a Manolo o a mí, nos mata.

— Como que le gastamos un bromazo cruel.



— ¿Y fué importante la operación?
— Con decirle a usted que me costó un riñón...

Dib. ESPLANDIU. — Madrid.

— ¡Venga, venga, contad!

Y después de pedir otras cañas y de encender unos cigarrillos, Goyo prosiguió:

— Pues veréis. El otro día nos le encontramos apenas salir de casa, y, ¡zas!, ya se nos colgó. «¿Adónde vais?» «A pasear.» «No tenéis plan? Pues me voy con vosotros.» La perspectiva, como veis, era de un gris pálido; pero Manolito, que a veces tiene más iniciativas que un concejal, y mientras Agudo se quedó atrás comprando tabaco, me expuso el plan: «Mira, ahora vamos en casa de Víctor, le decimos a Agudo que nos espere, y como tiene dos salidas la casa, pues...» «Calla - le interrumpí -, que viene.» «Convenido.» Y así lo hicimos. «Chico, espera un momento; subimos aquí, a saludar a un amigo enfermo; no te decimos que nos acompañes porque es un espectáculo poco agradable. Tú espera, y si tardamos, sube a buscarnos con cualquier pretexto, y así nos sacas del Purgatorio.» Allí quedó esperando, y por la escalera se me ocurrió escarmentarle para siempre. Le dije a Manolo: «Tú dejame hacer, y yo te aseguro que cuando nos vea, nos huye.»

» Subimos a casa de Víctor. Ya sabéis que vive solo con una criada vieja, grñona y muy tacaña. Víctor no estaba; pero ella nos conoce, y después de abrirnos la puerta que conduce a la otra salida de la casa, le explicamos: «Mire, Juana, es que nos hemos encontrado a un sablista peligroso, y hemos tenido que huir recurriendo a este procedimiento; pero es tan osado, que es probable se presente aquí, y si no estamos nosotros, es capaz de sacarle a usted dinero. Cuidado, mucho cuidado con él — insistimos.

» — Sí; pues bien servido va a ir, les aseguro.

» Y después de echar el cerrojo a la puerta, abrir la mirilla y llevar hasta allí un cubo de agua y una escoba, se dispuso a esperar.

» Y no sabemos más. Pero es de suponer que cuando llegase el gran Agudo, príncipe de los pelmazos, le recibieran con una ducha o un escobazo.»

Estaban celebrando a carcajadas la ocurrencia, y de repente quedaron todos más serios que un empleado de los coches-camas. ¡¡Agudo venial!

Cuando más serenos, Manolo le preguntó:

— ¿Qué, esperaste mucho el otro día?

A lo que repuso Agudo con su calma habitual:

— ¡Psch!... Media hora. Pero me disponía a subir, cuando vi a tu tío que bajaba limpiándose el traje y protestando, indignado, porque al llamar a la puerta del segundo le habían arrojado un cubo de agua.

El cubo de agua parecía haber caído sobre el grupo.

¡Agudo era un águila!

ANGEL BÁRCENAS VELASCO

LA CLAQUE

Al Coliseo de la Primavera, el elegante teatro de la calle de Alcalá, apenas iba un alma. El empresario, don Tobías Aranduela, perdía en la explotación del espectáculo una verdadera fortuna. Cierta mañana recibió la visita de un hombrecillo flaco, vestido con raídas prendas, llamado Pepe Palmadilla.

— Don Tobías — dijo el recién llegado —. Si me concede usted la explotación de la *claque*, la gente se pegará por entrar al Coliseo de la Primavera.

— Márchese de aquí... ¿Cree usted que, porque yo le adjudique lo que pide, va la gente a venir a mi teatro?

— Señor Aranduela, escúcheme lo que le propongo... ¡Qué razón tienen los que aseguran que España es un país atrasado!

— Pero oiga, ¿va usted a colocarme un discurso patriotero?

— Don Tobías, estamos atrasadísimos... La *claque* de los teatros, en provincias, no es conocida, y en Madrid, obra de un modo harito tímido... Unos cuantos individuos subvencionados aplauden desde la galería algunos mutis y los finales de acto. ¡Bah!... En el extranjero emplean otros procedimientos, que son los que quiero implantar yo en nuestra nación.

— ¿Y cuáles son?

— Al adjudicarme usted la *claque*, pondría en marcha inmediatamente mi estupenda organización... Individuos pagados por mí se dedicarán a hacer propaganda activa... Por ejemplo: a la hora en que van atestados los tranvías y coches del Metropolitano, viajeros, empleados míos, simulan encontrarse allí. Uno de ellos interroga al otro: «¿Dónde estuviste anoche?» «En el Coliseo de la Primavera. Chico, ¡qué compañía! ¡La primera actriz es estupenda!» ¿No cree usted que alguna de las personas que escuché esta conversación picará y sentirá vivos deseos de conocer a la primera actriz?

— Hombre, ese truco no está del todo mal.

— Otros miembros de mi agencia tendrán la misión de formar grupo ante las carteleras, elogiando exageradamente las bellezas de la obra y su magnífica presentación... ¿Y en los cafés y barberías? ¡Oh! ¡Ahí sí que puede hacerse propaganda!

— Me va usted convenciendo.

— Pero, ¡ahl, dentro del teatro es don-

de verdaderamente lucirá mi trabajo. ¿Que se representa un drama? Pues individuos de la *claque* llorarán a lágrima viva, contagiando su congoja al público pagano. ¿Que la obra es cómica? Entonces habrá *alabarderos* que se retorcerán de risa, comunicando su regocijo a los espectadores recalcitrantes... Créame, señor Aranduela, así se logran los éxitos: haciendo ambiente favorable a las cosas... En los estrenos verá qué ovaciones más frenéticas organizamos. Los autores serán llevados en hombros desde el teatro a su domicilio particular.

— Me ha persuadido usted, y no tengo inconveniente en cederle la explotación de la *claque* de mi coliseo. Dígame sus condiciones.

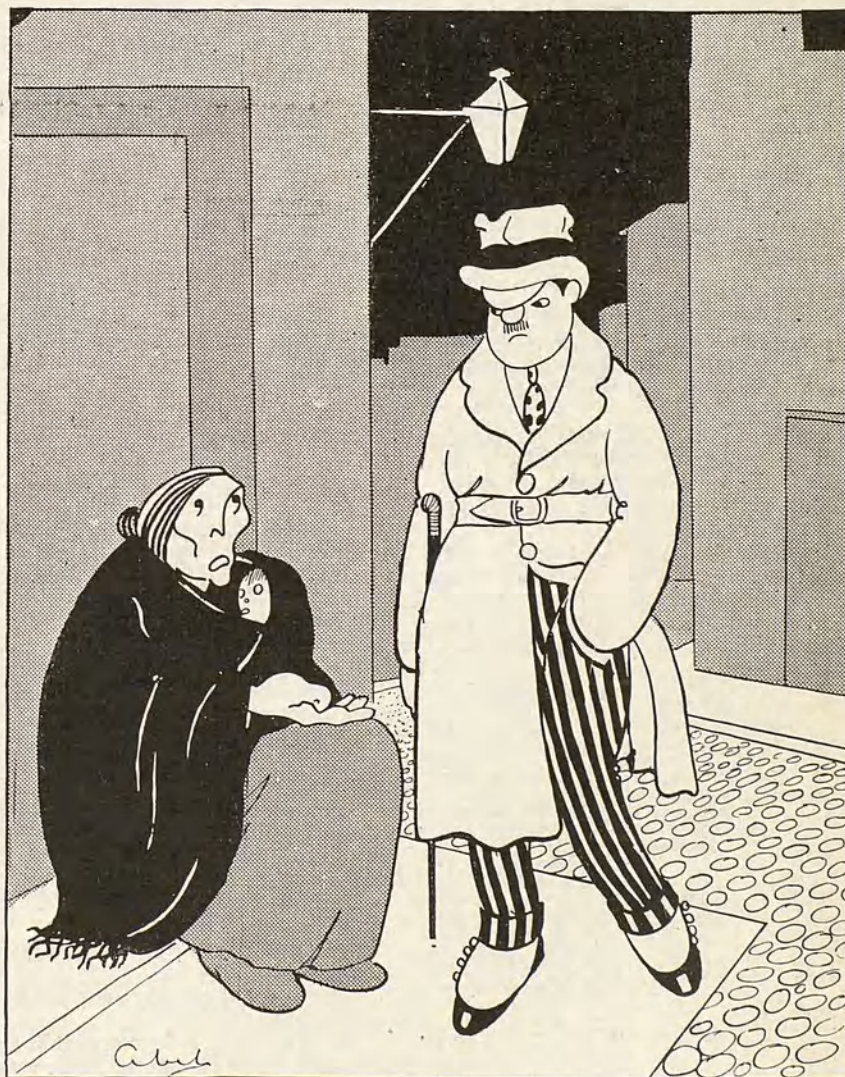
— Me conformo con que me entregue usted un centenar de butacas y algunas localidades de anfiteatro para cada función. La mayor parte de estas entradas yo las revenderé, pues ahí está mi negocio. El resto las ocuparán los comparas a mis órdenes.

— Desde luego, cuente con ellas. Confío que por este procedimiento tendré éxito y ganaré dinero.

— No lo dude, señor Aranduela.

— ¡Pues bien: si llegamos a triunfar, como espero, amigo Palmadilla, tendré que darle a usted un aplauso... de agradecimiento!

Pese a la tenaz y originalísima propaganda viviente empleada por Palma-



Dib. ABELA. — Madrid.

— Ese niño es de cartón.

— ¡Señor..., es que, como está la noche tan fría, no he querido sacar el otro!

dilla, nunca, a excepción de los domingos por la tarde, se llenaba el Coliseo de la Primavera.

Don Tobías Aranduela hallábase desesperado y a punto de pegarse un tiro, a consecuencia de los numerosos disgustos que sufría; comenzó a adelgazar de ostensible modo. En cambio, Pepe Palmadilla engruesó notablemente y adquirió elegantes prendas de vestir. Su negocio marchaba viento en popa. Las localidades de la *claque*, que vendía a seis reales cada una, se las arrebataban de la mano. Infinitas personas acudían al teatro por este procedimiento, pues si bien había que molestarse en aplaudir determinadas escenas, en cambio, reportaba al bolsillo una considerable economía. Gente distinguida, estudiantes, soldados de cuota y hasta algunos senadores asistían de este modo a todas las representaciones que se daban en el Coliseo de la Primavera.

Pero el filón que explotaba tan satisfactoriamente Palmadilla hallábase próximo a desaparecer. Don Tobías Aranduela, harto de perder dinero, decidió un buen día cerrar su teatro. Al enterarse de tal determinación, Pepe Palmadilla abordó al desesperado empresario:

— Don Tobías, quiero salvarle a usted. Contésteme a una pregunta. Si su teatro se llenara por completo vendiendo cada butaca a seis reales, ¿sería negocio para usted?

— Sí; indudablemente.

— Entonces, ¡ya está! No debe usted cerrarle de ninguna manera... Le propongo que venda todas las localidades como de *claque*... ¡Ya verá usted que negocio!

Puesto en práctica el sistema ideado por Palmadilla, consiguió un triunfo rotundo, definitivo. ¡Desde aquel día todas las funciones del teatro de don Tobías se contaron por llenos!

¿Tendremos necesidad de añadir que cuantas obras pusieron en escena en el Coliseo de la Primavera tuvieron éxitos resonantes, y todas, absolutamente todas, fueron *extraordinariamente aplaudidas*?

Luis ESTEBAN



EL JARDINERO.— Señora, es usted muy amable. Me ahorra la mitad de mi trabajo.

(De *Le Rire*, de Paris.)

DEL BUEN HUMOR AJENO

DE MI BLOCK DE NOTAS, por Marcel Arnac

UNA "TOURNÉE"

En el teatro de Puget-Théniers, el empresario dice a Brichanteau, el primer actor:

— Es absolutamente necesario que hagamos *Hamlet* esta noche.

— No tengo inconveniente — replica Brichanteau —; pero debe usted darme veinte céntimos para afeitarme: no puedo hacer *Hamlet* con una barba de ocho días...

El empresario contesta después de una reflexión:

— Bueno, entonces..., lo más sencillo es que hagamos *Otelo*.

LA VIUDA INCONSOLABLE, EL NIÑO Y YO

El niño me trituraba una rodilla. Fijando en mí sus grandes ojos azules, me dijo:

— ¿Cómo te llamas?

— Durand.

— ¿Estás casado?

— No, rico.

— ¿Tienes hijos?

— No.

Un corto silencio siguió a estas palabras; después el niño gritó a una joven vestida de negro que estaba sentada en otro banco:

— ¡Mamá! ¿Qué más cosas me has dicho que le pregunte?

EL PIANO ENFERMO

Una mañana, la respetable señorita Tringle comprobó con espanto que una de las teclas de su piano fallaba.

Hizo venir al dentista.

— ¡Dios mío! — dijo después de un examen —. Esta tecla está cariada; va a haber que sacarla.

Durante ocho días siguió un delicado tratamiento antiséptico.

La respetable señorita Tringle tuvo que suspender el curso de sus lecciones de piano, porque éste sentía de tal modo los toques de creosota, que las alumnas lo encontraban muy incómodo de tocar.

En fin, al cabo de una semana, el dentista declaró:

— Decididamente, está muy mal... Voy a tener que extraerla...

Cogió unas pinzas y sacó la tecla, sin dolor.

— ¿Desea usted que la reemplace por una de oro?

— Es inútil — dijo la respetable señorita Tringle —; es una del final, y no se ve... Quizás las de al lado se extiendan y cierren ese horrible hueco...

— Lo malo es que las demás...

— Entonces habrá que empastarlas..

Todo antes que soportar esa horrible mutilación...

UN DUELO

Por razones de orden privado, el señor Dufayel y el doctor Doyen se encontraron esta mañana, espada en mano, en las inmediaciones de Longchamp.

El encuentro fue muy vivo. En el primer cruce, el doctor Doyen, herido en su amor propio, pinchó al señor Dufayel. La punta del arma penetró en la región inferior del paladar y atravesó las amígdalas.

El señor Dufayel, que sufría precisamente de la garganta, no ha tenido inconveniente en tender su diestra al doctor Doyen. Los dos adversarios se han reconciliado.

No ha hecho nunca el doctor Doyen una operación tan arriesgada con mejor resultado.



ESTILO EPISTOLAR, por Marcel Serano

El día venturoso que el editor Morden prometió formalmente a Isidoro Cabinon publicar su primera novela, Isidoro Cabinon se sintió definitivamente consagrado grande hombre.

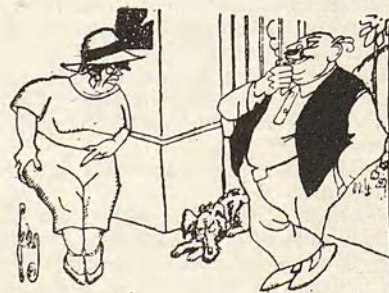
Isidoro Cabinon se vió iluminado por el sol de la gloria y por el brillo de los montones de luises.

Su vida cambiaba. Empezó por despedir la vieja asistenta que cuidaba de su pobre menaje dos horas al día, y contrató para su servicio a una criada joven, que había de permanecer a su servicio día y noche.

La nueva sirvienta aquella misma tarde entró resueltamente en el cuarto de trabajo del novelista:

— Señor...

— Llamadme maestro — interrumpió Isidoro Cabinon.



— Vuestro indecente perro me acaba de morder.

— ¿El? Señora, ¡si es vegetariano!

(De *Excelsior*, de Paris.)

A M A D O R
— FOTÓGRAFO —
PUERTA DEL SOL, 13

— Maestro — dijo ella, rectificando y sin dejar de dar vueltas entre sus dedos al delantal de cocina —, yo desearía pedirle un favor...

— Diga — insinuó levemente el ilustre hombre, creyendo se trataría de un permiso de unas horas para ir al cine del barrio.

— Puesto que escribís libros, yo desearía pusierais una carta bien escrita. ¿Sabréis hacerlo?

— Evidente.

— Una carta para mi familia, pues yo, maestro, no sé escribir.

Isidoro Cabinon no supo negar este primer favor a su nueva doméstica, y ágil y resuelto escribió al dictado, de las indicaciones que le hacía, una carta larga y de párrafos sintácticamente impecables.

Isidoro Cabinon terminó y leyó lo escrito en voz alta.

— Muy bien; pero falta algo — afirmó con resolución la sirvienta —. Falta la posdata.

— ¿La posdata? Y qué quiere usted que ponga en la posdata.

— Maestro: parece mentira que un hombre como usted no sepa lo que hay que poner en todas las posdatas: «Perdonen la mala letra y las faltas de ortografía.»

A. R. H.

Los santos abogados

Ya es sabido que todo santo es abogado de algo o de alguien. Los hombres de todos los tiempos y de todos los países han puesto la influencia divina de tan excelsos personajes al servicio de las pequeñas y deleznable cosas de este bajo mundo. Pero no todas las santas abogacías se conocen, y nosotros vamos a ilustrar a los lectores en las más ignoradas hasta el día.

San Ambrosio es abogado de los carabinieri.

San Luis, abogado de los franceses.

San Ramón, abogado de los humoristas.

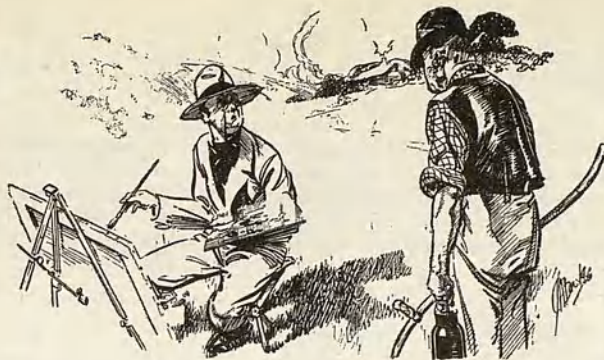
San Felú, abogado de los catalanes.

Santa Tecla, abogada de los pianistas.

San Vito, abogado de los bailarines; y

Sanolán, abogado de los que tienen mala dentadura, pues nadie ignora que es el rey de los dentíficos.

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE
VIUDA DE CELESTINO SOLANO
Primera marca mundial. LOGROÑO



— Mañana voy a pintar su cortijo, Pascual.

— Muy bien, señor. Ya le tendré preparada una escalera de mano para que alcance bien a toda la fachada...

(De The Humorist, de Londres.)

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR
APARTADO 12.142
MADRID

R. S. T. Huelva. — Dése grandes abluciones matinales con agua fría y le desaparecerá la tontería que atesora usted en ese encéfalo.

Trigo. Madrid. — El dibujo es una birria. El artículo no está mal, ni mucho menos; pero es excesivamente corto. Mándenos otro mayor y escriba las cuartillas por un lado solamente.

J. Estellez. — Si cree usted que la colección de tonterías mal redactadas que nos dirige nos van a causar un disgusto, está usted en un error del

HERNIAS
Bragueros científicamente.
J Campos
único MEDICO
ORTOPEDICO
de MADRID
Augusto Figueroa 8

tamaño del Moisés de Miguel Angel. Y tenga la seguridad de que en BUEN HUMOR no se han publicado nunca artículos peores que el suyo, porque en lo de hacerlo mal tiene usted el «Premio de Honor» indiscutible. Que usted se divierta, como nosotros nos divertimos.

A. O. Madrid. — Para cobrar no hay sino presentar el recibo en nuestra Administración, plaza del Angel, 5, el viernes siguiente al día en que se publica el trabajo, presentando la cédula personal. No tardaremos en decirle en esta misma sección si el dibujo está admitido o no lo está.

Un interesado que está en Melilla. — Como usted comprenderá muy bien, amable amigo, nosotros no podemos conocer todos los chistes que se han

BUEN HUMOR
admite anuncios económicos del presente tamaño a CINCO PESETAS INSERCIÓN

impreso en el mundo desde el descubrimiento de las Molucas a nuestros días. De todas formas, gracias por la advertencia; desde hoy miraremos con prevención al frescales que copió el chiste. Y al servicio de usted.

El Europeo Negro. Madrid. — Es usted de lo más regocijante que nos hemos echado a la cara en nuestra vida. Copiamos a continuación algunos de los Adagios (?) que nos manda para que el público se solace como nosotros nos hemos solazado:

«El taquígrafo que es sordo, es como la lotera que ha devuelto el gordo.»

«Si la joven desea tener el rostro bello, no debe de quitarse el vello.»

«Ese día no ha recibido la ración el gato que persigue al ratón.»

«Podrás apreciar que su rostro está lozano, cuando al ingente dramaturgo le estreches la [mano.]»

Es usted el rey de la incongruencia, amigo. Ahí le regalamos un adagio, hecho al estilo de los suyos, para que le sirva de norma:

Cuando se tiene enajenación mental, no se debe escribir, porque lo hace uno pésimamente mal.

¡Ah! Un viajero inteligente, o una carta a su paciente, es todavía peor que los Adagios.

Chaparrada. Madrid. — Está bien escrito; pero tiene poca gracia. Insista usted con algo + divertido, y se publicará.

K. T. To. — No sirve. Lo lamentamos. Insista a ver, y escriba por un solo lado las cuartillas.

F. Lozano. Zaragoza. — Es usted de un mal gusto indigno de la ciudad de Torrero.

A. S. La Coruña. — Eso está bien hecho; pero no encaja en la revista. Como usted tiene condiciones y sentido común, le aconsejamos que nos mande otra cosita, y, a poder ser, en prosa.

Nadeval. Madrid. — ¡Lástima, lástima!... Hemos empezado a leer su cuento, y nos gustaba, vaya si nos gustaba; pero la última cuartilla nos ha defraudado. ¡Es un final tan hechol... Haga otra cosa, buscando algo original, y tenga la seguridad de que se lo publicaremos. ¡Adelante!

R. Bernad. Barcelona. — El pago de los dibujos depende de su tamaño. Como no sabemos el tamaño a que se van a publicar los suyos, no le podemos decir lo que va a cobrar.

En treinta Juegos florales han premiado al que esto escribe, pues usa para inspirarse Licor del Polo de Orive.

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente **al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

Ingenuidad.

Paseando por el Prado una niña acompañada de su madre, exclama, al ver unos marineros formando corro con criadas y niñeras:

— Mamá, ¿qué hacen con esas niñeras esos niños tan grandes?

I. D. H. — Madrid.

— Y tú, ¿qué haces ahora?
— Nada. Me han dejado cesante por Primo.

M. Correa. — Madrid.

— ¿En qué se parece un toro de Palha que no ve al duque de X.
— En que es *pala-ciego*.

Kamelo. — Madrid.

— El hecho de que un amigo nos preste una vez dinero para el teatro, ¿en qué se parece a un individuo joven, pero apático, inactivo, pesadote de ánimo?

— En que, sin duda, es *tá-trofiado* ..

Bene. — Madrid.

— ¿Cuáles son los trabajadores que están más cerca de la muerte?
— Los obreros del Metro, porque *hincan el pico* bajo tierra.

— ¿Dónde están mejor mantenidos los gatos?
— En el Norte de España, porque hay muchas *cordilleras*.

Benjamín López. — Madrid.

— ¿Cuáles son las becerradas que resultan mejores?

— ¡...!
— Las de los tranvías.

— ¿Por qué?

— Por aquello de «que no se admiten *maletas*».

J. M. Moreno. — Madrid.

— ¿Cuál es la semejanza entre mi *amigueta* y una mesa de noche?

— ¡...!
— En que *me...cita* de noche.

Alejandro López. — Melilla.

Geometría.
EL PROFESOR. — ¿Dónde está el infinito?
EL ALUMNO. — En la Puerta del Sol, porque allí se encuentran las paralelas.

Ramiro Molina. — Madrid.

— ¿Cuál es el comercio más condescendiente y generoso?

— El de quincalla, porque ya lo dice el refrán: *Qui'n-calla, otorga*.

Shimmy. — Castellón de la Plana.

Dos amigos se encuentran en la Puerta del Sol.

— Me alegro verte, porque así me despidió de ti.

— ¿De verano?...

— Sí; a pasar unos días a mi pueblo.

— ¡Dichoso tú, y cómo te envidio!

— No te costaría mucho hacer lo mismo.

— ¡Imposible!... ¡Si mi pueblo es Madrid!

X. Y. Z. — Madrid.

— Chico, mi tío es el colmo de la buena suerte.

— Pues ¿cómo es eso?

— Porque el otro día se le perdió una sortija en París, y a los pocos días llega a Holanda y *La Haya*.

Angel Maroto.

La señora va a dar una gran comida. Por la mañana encarga a la cocinera que compre un pavo.

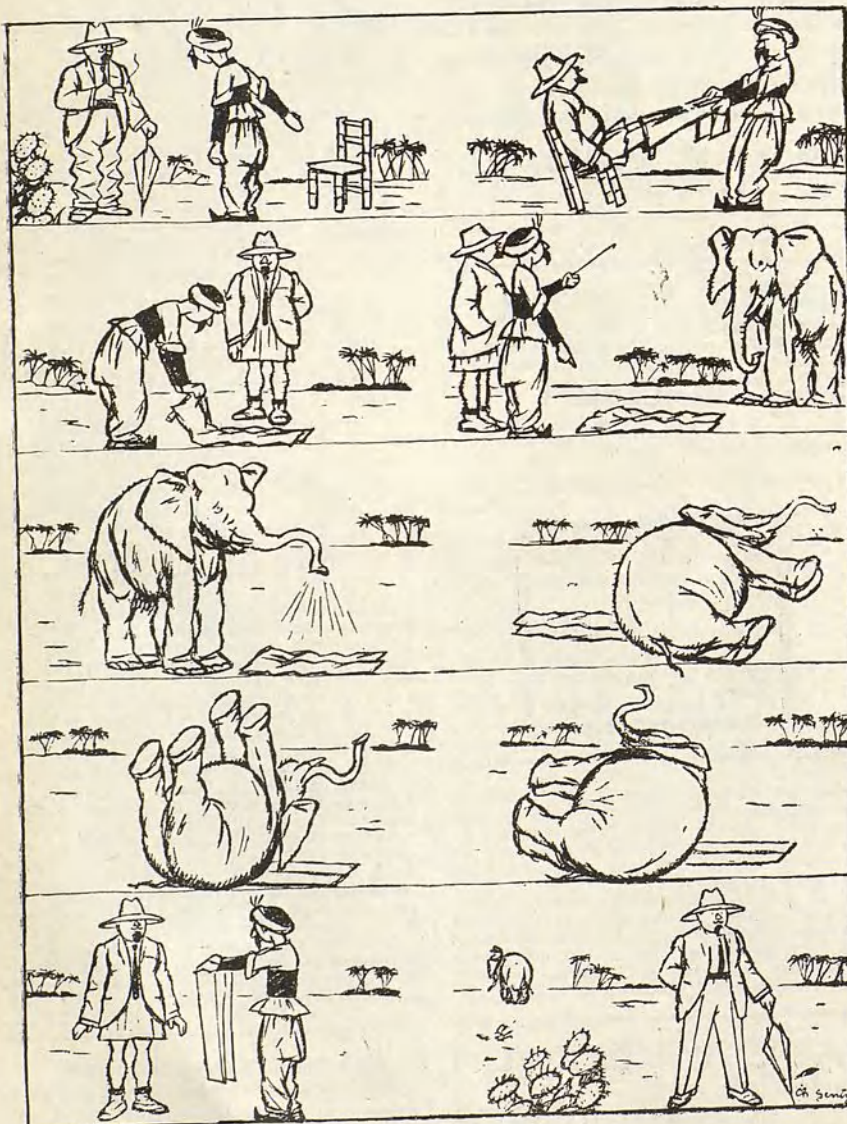
De vuelta del mercado, la maritornes exhibe su adquisición ante su ama, la cual la examina y hace un gesto de desagrado.

— No haga usted caso, señora — exclama la criada —. Ya verá usted cuando tenga las trufas dentro qué efecto presenta el animal. ¡Lo mismo que cuando la señora se pone los brillantes!

El sobrino de su tío. — Madrid.

El premio del número anterior ha correspondido a **Jaime Baja la Jaula**.

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID



EL PLANCHADO AL MINUTO EN EL ÁFRICA ECUATORIAL

(De Le Rire, de Paris.)

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20	pesetas
Semestre (26 —).....	10,40	—
Año (52 —).....	20	—

PORTUGAL

Trimestre (13 números).....	6,20	pesetas.
Semestre (26 —).....	12,40	—
Año (52 —).....	24	—

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	12,40	pesetas.
Semestre.....	16,50	—
Año.....	32	—

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12,—
Número suelto.....	25 centavos.

Redacción y Administración:
PLAZA DEL ÁNGEL, 5.—MADRID
APARTADO 12.142



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS. SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5. BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN
Gran Premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para teñir en el acto las canas. Sirve para el cabello, barba y bigote. Se prepara para negro, castaño oscuro y castaño claro. Es la mejor y la más práctica.

Angelical Cutis LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis *blancura fija y finura envidiables*, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (*rojecec, manchas, rostros grasientos, etc.*), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para *rejuvenecer su cutis*. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran poder reconocido para



hacer desaparecer las *arrugas, granos, barros, asperezas, etc.* Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. *Rejuvenece, embellece y conserva el rostro*, y en general todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis *gran finura, hermosura y juventud*. La CREMA ALMENDROLINA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

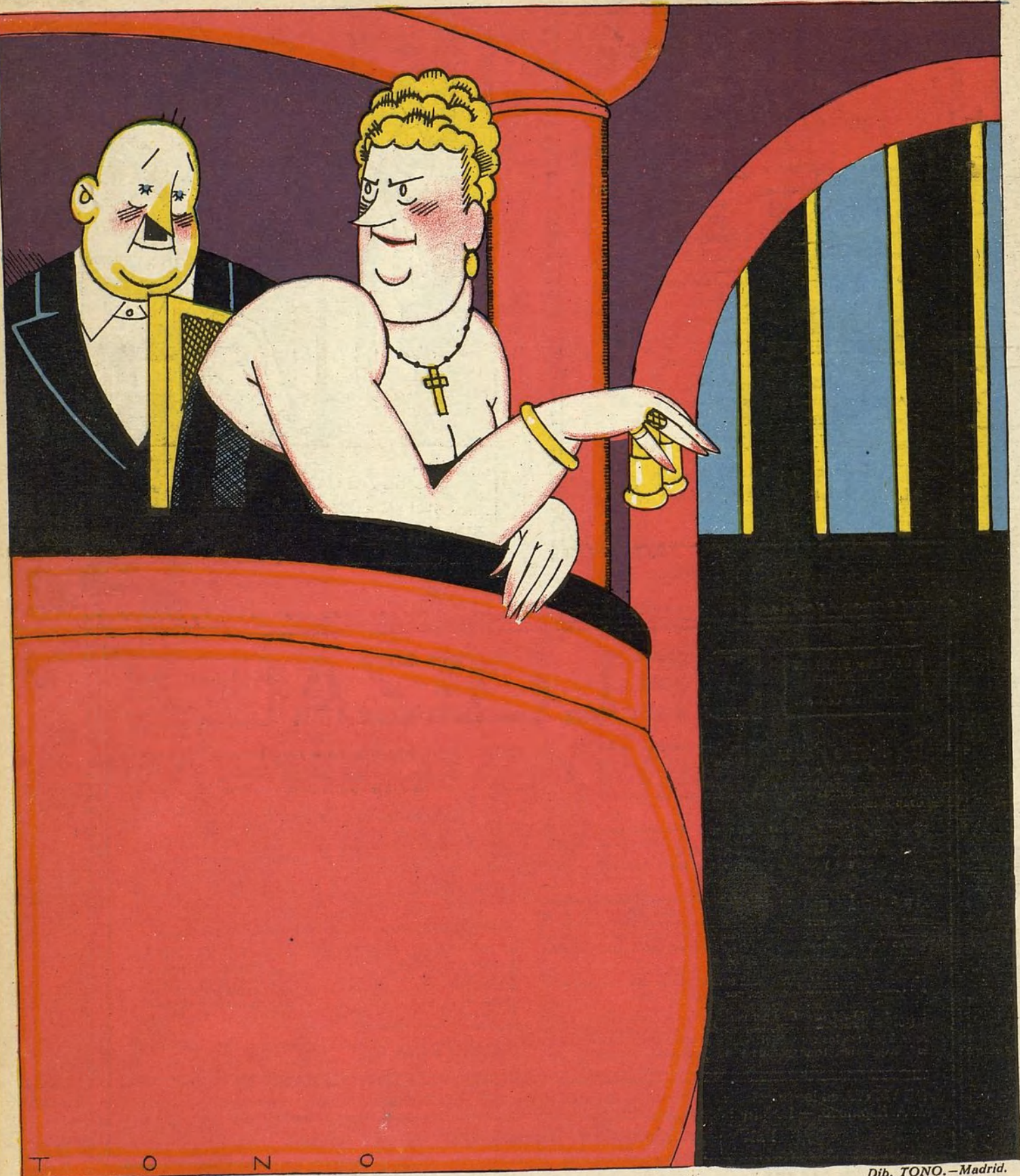
ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS
A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las *canas*, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los *cabellos blancos*, pues, *sin teñirlos*, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los *herpéticos*. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

Polvos Belleza Calidad superfina y los más adherentes al cutis.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América.— **Canarias:** droguerías de A. Espinoso. — **Habana:** droguería de Sarrá, Teniente Rey, 41. — **Buenos Aires:** A. García, calle Florida, 139.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)

BUEN HUMOR



T O N O

Dib. TONO. - Madrid.

—Pero, mujer, si no se ha declarado, ¿cómo sabes que quiere a nuestra Fifi?
—Porque he visto que sigue con ~~me~~ ~~interés~~ ~~en~~ ~~Madrid~~ de tus negocios.